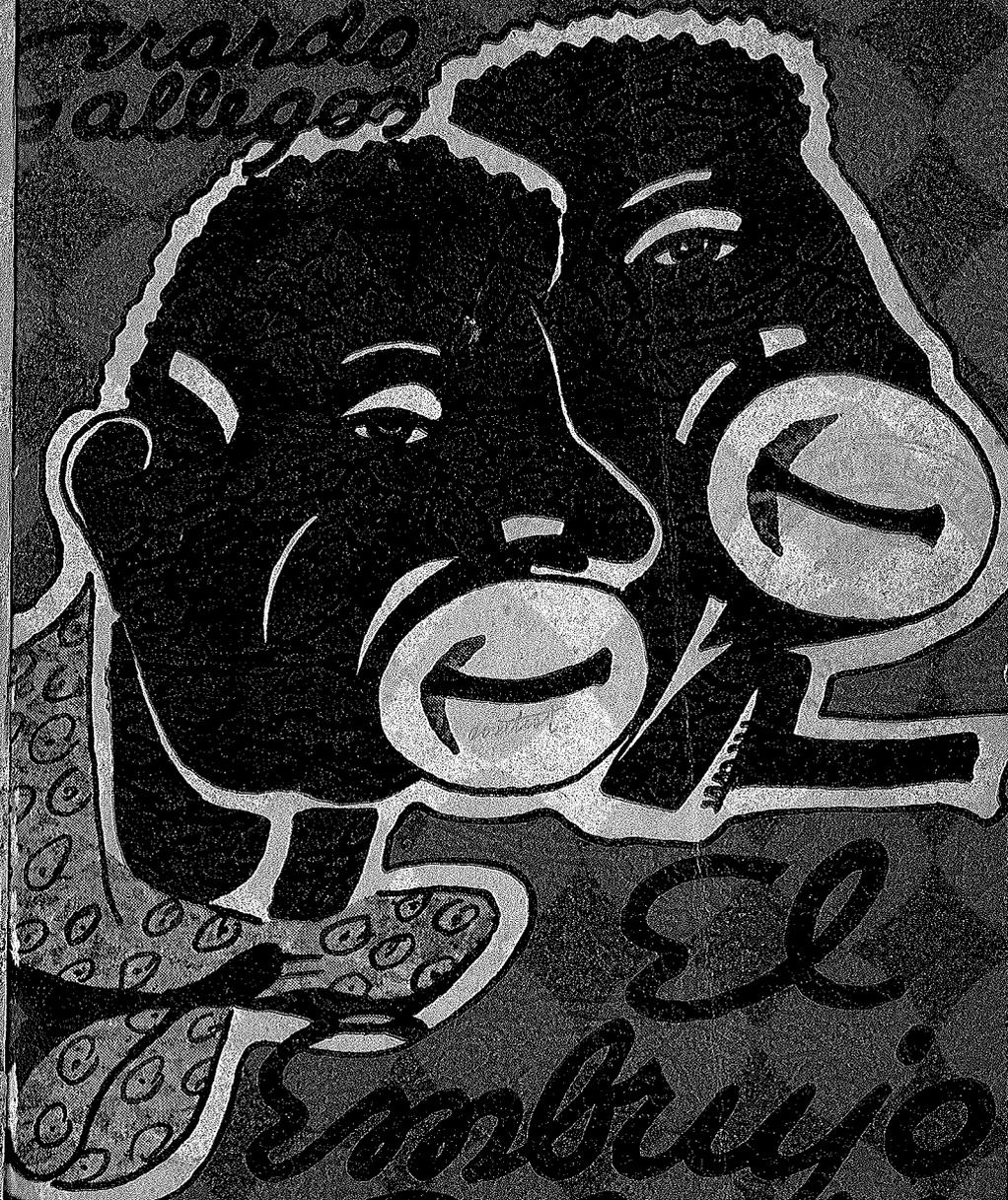


Erardo
Salgado



El
Embudo
de Laita

Gerardo Gallegos

*El Embujo
de Haití . .*

NOVELA



1937

CARAGA Y CIA., S. EN C.
BRASIL NO. 12
HABANA.

PRÓLOGO

*Vivimos en las fronteras del Misterio.
Lo desconocido nos acecha. Está fuera y está dentro
de nosotros.*

Es fuerte, es poderoso y es temible. Por eso el hombre —en todos los tiempos de todas las culturas— confía más en los poderes del más allá que en la lógica de su propia razón vacilante y quebradiza: bordón de ciego que apenas si le sirve para tectar las paredes de la sombra.

Pese a la costra de civilizado escepticismo, el Miedo y la Esperanza en las fuerzas misteriosas de lo Desconocido son los dos polos magnéticos que hacen oscilar la brújula palpitante del corazón humano.

¡Miedo y Esperanza en los poderes del Misterio!

Este es el principio de los dioses. El origen de las religiones y las brujerías.

Ignoramos, y porque ignoramos presentimos; tratamos de arrancar —a fuerza de mirar el más allá— una chispa de luz a la Sombra Inescrutable que cerca nuestras vidas desde su principio hasta su fin.

Ostensible o silenciosamente, a veces negándosele a sí mismo, el ser humano rinde culto a lo Desconocido. La forma de ese culto está de acuerdo con su mentalidad, sus costumbres y sus instintos.

La religión ni la brujería son en sí malas ni buenas. Malos, execrables y crueles son aquéllos que las practican quemando herejes en los autos de fe de la inquisición católica, o inmolando seres humanos en las prácticas de hechicería.

Sin embargo, esa sombra —o esa luz— que proyecta lo Desconocido sobre nuestras pobres vidas temerosas, esperanzadas y anhelantes, tiene también su aureola de belleza y encanto. Su Verdad ennoblece los seres.

Un niño que ora está, tal vez, más cerca de la Verdad que el sabio que descubre las leyes reguladoras del movimiento eterno de los astros.

La vida humana es Fé. La Fé es confianza en algo que está más allá de la precaria seguridad que nos ofrecen los sentidos.

*
* *

Este libro contiene tres relatos de Misterio. Suceden, cada uno, en latitudes distantes. Las gentes a través de las cuales pasa esa vibración de lo Desconocido son de razas y costumbres distintas. Sus mentalidades difieren también profundamente.

Sin embargo, estos tres relatos hacen un libro. Tal como tres facetas hacen un cristal.

En este libro no hay intenciones sociales ni políticas. Es algo menos y, quizás, un poco mejor que todo eso:

Simplemente una novela de brujería afro-antillana; una leyenda romántica y colonial del Siglo de la Conquista, y un cuento sobre el que pasa la sombra del Misterio en planos superiores de la mentalidad humana.

Nada más que tres relatos humanos, verdaderos y posibles.

EL AUTOR.

I
ESTAMPA DE PIRATAS

Paisaje.

Port-au-Prince-Hôtel Orloff-Haïti —dicen las etiquetas que los mozos del hotel estampan apresuradamente en las maletas —piel parchada de huellas cosmopolitas— de los pasajeros que se van.

¡Se van!

Vértigo de un baile caliente afro-antillano en el recuerdo. Golpea la sangre en mis arterias un ritmo de rumba.

Desde el *lobby* del hotel se mira la perspectiva del Campo de Marte, vasta planicie pintada en verde y decorada de palmas reales que hacen marco al palacio de Gobierno blanco, suntuoso, monumental.

De la terraza se contempla la bahía —una de las más bellas del mundo— de aguas azules y profundas. A la izquierda las altas montañas de Monne Cabrit galopan hasta muy adentro del mar. Hacia el sur, en la lejanía, un cerco gris de cumbres difuminadas entre macizos de nubes.

Las cinco de la tarde. Una hora más y el gran disco del sol calentado al rojo rodará sobre la línea azul del agua. Franjas de horizontes se empararán de escarlata. Se desvelarán lagos de fuego en los celajes. Se bruñirán de fuego las montañas. Perspectivas de monstruos absurdos y de torreones solitarios serán suspendidos en los rincones del cielo. Pálidos anocheceres de Haïti.

Un poco más tarde todo será negro. El mar se habrá tragado el rojo disco del sol. Arriba se irán engar-

zando millares de millones de brillantes. Abajo lámparas eléctricas plantadas a trechos abrirán huecos de luz en la vasta oscuridad. Las luces de los automóviles palparán como luciérnagas rodando sobre las curvas de las asfaltadas avenidas. Y al rededor Puerto Príncipe con sus doscientos mil habitantes y sus casitas de frentes estrechas y techos puntiagudos como amontonadas unas contra otras.

Es la raza de ébano que en barcos negreros trajeron a la isla los primeros emigrantes. Un pueblo de tres millones de gentes que con las costumbres milenarias de su ancestro, acampa al borde de una isla antillana y en medio de un mar sitiado por las civilizaciones del mundo.

Haití: la isla sombría y embrujada.

Espera.

Port-au-Prince-Hôtel Orloff . . . dicen las etiquetas que estampillan la piel curtida en viajes de las maletas que se van. Todos se van. Yo no sé todavía cuándo me iré.

Van para seis semanas que con la zafra terminó mi compromiso con la Warf, poderosa central azucarera que tiene sus dominios en el ancho valle que se extiende hacia el suroeste, en los umbrales de Puerto Príncipe. Ya todos los sacos fueron llenos, sellados y embarcados. Mis compañeros de oficina, con sus mujeres y sus familiares, han ido despidiéndose hacia rutas distintas y distantes. Hasta el año que viene algunos. Para nunca los más.

Otras caras. Nuevas gentes han llegado y se han ido. Llegan y pasan todos los días.

Y yo en espera de algo que todavía no sé. Sigo plantado en este fantástico escenario de Champ de Mars —Puerto Príncipe— Capital de la República Negra de Haití.

Sucede que mi amigo Max Roldán ha desaparecido. Me afirman que se ha ido sin despedirse. Puede ser. Pero yo lo veo muy oscuro. Y si él está aquí y quizás a la sombra de un peligro, como lo presiento, él y yo fuimos demasiado amigos para que lo deje solo.

Necesito una pista. He escarbado todas las hipótesis. No encuentro una sola que me dé un camino para avanzar. Sin embargo... Siempre que parto en busca de una pista me encuentro con un hombre. Con la cara trazada en relieves impresionantes de un hombre de color. Es alto, delgado, de espaldas anchas y huesos duros. Manos largas, nudosas y flexibles. Se las presiente de una extraordinaria fortaleza. La cara oscura de corte anguloso luce unos ojos raros. Son unas pupilas de corte oriental y de un color verde-azulenco. La mirada de esos ojos —cambiantes como las tonalidades de una serpiente— se pega a la piel con suavidades viscosas y malignas; dulzonas y malévolas. Detrás de esos ojos —y por lo pronto— he encontrado una panorámica leyenda de piratas del siglo XVII. El nombre de este hombre es Monsieur Gastón de la Croix Bouquet, rico plantador haitiano y descendiente del pirata francés Roger de Bouquet.

Piratas.

Costa de Hierro a dos leguas de Haití. Ancho caparazón que se eleva gradualmente de Oriente a Occidente y se desploma en un solo tajo sobre la ribera norte. Isla Tortuga. Inabordable refugio de los bandoleros del mar que surcaban los dos océanos saqueando los galeones de España cargados con el oro de las Américas. Allí llegaban y de allí partían ondulando a tope de los mastiles la bandera negra del pirata.

Roger de Bouquet, primer lugarteniente del irlandés Mac Gowald creía reunir en su nervuda zarpa todas las

condiciones de pericia, crueldad y arrojo suficientes para ser jefe de la más hazañosa banda de piratas. Tenía pensado asumir el mando supremo de la suya en cuanto una bala de plomo le *limpiase* del camino al capitán.

Porque este sanguinario caballero del mar es un hidalgo francés que blasonó su escudo con el hacha del abor-daje del pirata.

Roger de Bouquet tiene proyectos.

Mirando danzar el sol en las garrafas de vino robado a un comerciante de Chipre, bebe y sueña: será él el más hazañoso capitán de piratas entre los célebres bandidos del mar. Mac Gowald es siempre un valiente pero carece de ideas. El, en cambio, las tiene geniales. Bouquet conoce hombres de primera línea entre los hampones —*ex-presidarios y prófugos de la justicia*— que pululan en los suburbios londinenses y en los muelles de Marsella. Gente brava con la que asolará los mares del sur, doblará la Tierra del Fuego y caerá como un ciclón sobre las despre-venidas y millonarias ciudades del Mar Pacífico. El oro a montones. La fortuna esclava de sus soturnas manos de pirata. Roger de Bouquet descansa la mano en la damasquinada empuñadura de su cuchillo de combate y tien-de una larga mirada sobre el mar.

Pero su destino es otro.

Bailotea el galeón pirata sobre el hirviente furor de las olas. El vendaval le lleva en la noche pavorosa de aullidos y de sombras hacia el final de su carrera alegre y sanguinaria.

Al romper el sol el barco pirata cargado de tesoros y de fieros tripulantes de todas las razas fué divisado por el largo catalejo del conde de Peñalba. El ha salido en persona y por orden de los Reyes de España a cazar cabezas de piratas. Los salteadores del mar picaron en fuga a favor de un viento de Levante. Pero el conde gritó una

orden y su impresionante navío de tres puentes hizo tronar sus cañones y les enfiló la proa. Huye el barco pirata destroncado de sus palos, desmantelado, roto, haciendo agua por babor. Fué vana la esperanza que pusieron los piratas en abrigarse bajo el ala de la noche. Al oscurecer el navío español echó las amarras de abordaje sobre el galeón hasta esa hora afortunado en sus infames correrías por el mar.

Calla el estrépito de los mosquetes. Ahora es el canto de los cuchillos que se desborda sobre los puentes y las escotillas. Es el sofocado alentar de unos hombres que combaten hasta morir y de otros que saltan sobre las maderas encharcadas de rojo, en busca de un refugio que no han de encontrar. Porque los piratas que no mueran en el combate, serán balanceados de sus cuellos, colgados como racimos de los mástiles. Primero entre los primeros y con el pecho cosido a puñaladas cayó Mac Gowald el capitán pirata. Pero su fiero lugarteniente no tuvo tiempo de sucederle en el mando supremo de la banda. El francés Roger de Bouquet, el jamaquino Stone y el escocés McPherson pudieron escapar. Los tres piratas se abandonaron en un bote a la suerte de las olas y a la negrura de la noche. Prefirieron afrontar los rigores del océano a la ejemplar sanción del Conde de Peñalba, cazador de cabezas de corsarios. Por lo pronto la noche oscura les ampara. Pero desde el alba, el sol, el hambre y la sed acompañará a los piratas solitarios perdidos en la inmensidad.

También el desierto de agua tiene sus espejismos. Oscuros celajes de nubes que parecen montañas. La esperanza de salvación que finge el ala de una vela que se pierde en el horizonte.

Solamente está con ellos el tórrido ardor del sol, la crueldad del hambre, la tortura de la sed. También el viento de la noche les arropa con sus sábanas.

Los dos primeros días remaron a turno con fiebre de esperanzas. Al día tercero se tendieron a esperar.

Una nube negra que por largas horas descargo su aguacero sobre ellos, les calmó la sed.

Pero el hambre no espera. Al undécimo día sólo se ve dos hombres en el bote. En cambio una bandada de tiburones sigue la estela errante de los náufragos. Han llegado para devorar los desperdicios de carne y de grasa que fué el gordo escocés McPherson y no se irán ya nunca porque han probado el sabor de la sangre.

¿Fué el sorteo macabro? ¿O fué una puñalada ale-
vosa? Lo más probable es que fuese lo segundo. El pirata escocés era forzado pero un poco bruto para poder defenderse con éxito de la astucia agudizada por el hambre de los otros dos.

Les renacen energías y con éstas la esperanza. Stone canta a desgañitarse una vieja canción napolitana. Roger de Bouquet le sigue en sordina con el rumor de su voz sofocada en la garganta. Los dos llevan el compás con el golpe de los remos, porque aunque todo es agua y cielo al rededor suyo, sin saber por qué, ellos creen que ya la costa está cercana. Y reman.

Al décimo día hay los mismos hombres en el bote, pero ya no se dan la cara. Se acechan. Se odian. Se tienen miedo. Hace días que no llueve y en el quebrado botijo —se dicen a sí mismos Stone y Roger de Bouquet— no hay más agua que para uno solo. El otro está de más.

El más ligero movimiento del uno sobresalta los nervios exasperados del otro. Y mutuamente se enseñan los puños y los dientes. Son dos fieras salvajes perdidas en la soledad del mar.

En el relente de los ojos el jamaiquino le lee al francés su negra intención de apoderarse él solo del botijo con los pocos tragos de agua.

Despiertos los instintos primarios luchan como fieras. Con una energía sorprendente en sus cuerpos extenuados,

sus sombras bailotean una vez y otra vez y veinte veces más para volver siempre a empezar.

Pero el agua del botijo no mojará la boca de ninguno. En el brutal encuentro se derrama hasta la última gota. Pero ellos no lo advierten y siguen luchando. Uno está de más.

Al alba del otro día, Roger de Bouquet está solo en el bote y en la soledad del Infinito. Es que pudo empujar afuera y suspender por la borda al jamaíquino. Una tintorera lo ayudó con su salvaje dentellada a desprenderlo del bote. La escuadrilla de escualos acompaña al terrible pirata solitario entregado a la suerte del mar.

Bajo el tórrido sol que hierve sobre su cabeza el pirata francés desafía a los tiburones con sus puños rígidos y sus gritos roncocal y salvajes.

Es que ya se está volviendo loco. Fué una barcaza de pescadores tripulada por unos hombres oscuros la que descubrió en el mar a ese hombre medio loco y prendidos los ojos de una fosforescencia animal y rabiosa. Le dieron de comer, de beber y le desembarcaron en la costa.

Pero ya la hora del peligro ha pasado para el pirata náufrago. La fortuna le sonreirá otra vez. Porque en el ancho pañolón de seda escarlata que le ciñe la cintura, siente la grata dureza de las onzas castellanasy los rubíes y las esmeraldas que fueron una parte de su botín de afortunado salteador en los mares del Atlántico.

Roger de Bouquet contempla la tierra de montañas altas y profundas hacia la que le empuja su destino. La encuentra bella y misteriosa. Entonces vuelve cara al océano y con una sola mirada dura y brillante como su cuchillo de combate, se despide de su pasado, de sus sueños y del mar. Ya nunca volverá a él.

El rudo pirata camina firme sobre la playa fangosa. Tierra adentro: Haití.

Bucanero.

Antiguos piratas o hijos de piratas. Cazadores de reses cimarrones en el occidente de Haití. Son ellos también rudos y brutales hombres blancos cimarrones que viven y se imponen por la ley inapelable de su voluntad y la infalible puntería de sus fusiles.

Recortada la una ala del sombrero. La otra le hace visera ancha sobre los ojos azules y estriados de sangre por el castigo de los vientos. El gesto de la boca entre la maraña de las barbas rubias es hosco y brutal. Camisa pringosa de grasas y manchada de cuajarones de sangre de las reses sacrificadas. Calzones cortos. Sobre la pierna desnuda se cruzan las correas que sostiene la sandalia primitiva bajo la ruda planta del bucanero Roger de Bouquet.

Una vez más el hidalgo francés ha cambiado los blasones de su escudo. Al hacha de abordaje ha sustituido el largo fusil y el látigo de bucanero.

Al cabo de años el pirata galo aparece en Cabo Haitiano dueño de vastas tierras, de una grande cabaña de adobe y de yaguas, y de una turba cerrada de esclavos africanos. Custodia a la una y a los otros una jauría de mastines de agudos colmillos y maxilares poderosos.

Para el trabajo de cobrar las pieles de los toros y su embarque hacia la isla Tortuga posee algunos mulatos y otros tantos *engagés*, (enganchados). Son éstos mozos franceses vendidos como esclavos por tiempo fijo y a los que el bucanero doma las rebeldías con el hierro, con el plomo y con el látigo.

Muchos de ellos bajo el trabajo extenuante y el castigo despiadado mueren antes de cumplirse el plazo de la venta. Pero Roger de Bouquet no se detiene a contar los que caen. Adquiere otros y sigue. Por eso la fortuna le es fiel y el oro fluye a sus manos ávidas y crueles. Los

escudos de Francia se apilan lentamente en el fondo de sus arcones de piel de toro y cinchados de hierro.

Sin embargo hay uno de entre esos *engagés* por el que el hosco y rudo bucanero tiene cierta preferencia. Se hace acompañar por él en los senderos de la montaña, y jamás le holló la piel con el castigo de su tralla. Se llama Pierre Rodín. Es mulato. Desciende de un francés *engagé* como él y de una mujer de la tribu oscura. Esa abuela suya se llama Massamá y dicen que fué reina en su tierra africana. Fué bella. Ahora está vieja y es esclava. Pero conserva un misterioso poder entre los suyos: es la *mamaloï* de los contornos. Roger de Bouquet ha descubierto un sentimiento nuevo en su corazón: tiene un amigo.

Hosco, despiadado y cruel el rudo bucanero camina por las montañas. El fusil en bandolera. Delante los mastines rastreando las pisadas de las reses cimarrones, y al lado su *engagé*, Pierre Rodín. De cuando en cuando cruza unas palabras con él. Le habla de una lejana patria que tiene el bucanero a largas semanas de navegar por el mar y en dirección a donde nace el sol. Le cuenta de las gentes, las costumbres y los paisajes de una tierra que es suya y también del francés antepasado de Rodín. Esa tierra se llama Bretaña. En ella tiene un castillo con almenas en los torreones que fuera de los antepasados de Bouquet. Seguro que ese castillo se derruye en el abandono de su dueño. . . Y de repente calla el bucanero preñado el corazón de oscuras nostalgias. Mirando arder las primeras estrellas encima de las montañas, Bouquet calla y sueña. Después desgrana suavemente las palabras. El volverá allá para dar un vistazo a su castillo y a las gentes de su raza. Es ahora rico y en Bretaña tiene amigos y parientes que le aguardan. Regresará a su patria y se dará el placer de derrochar el oro en sus manos generosas y re-ennoblecidas. Porque su fechorías de pirata han sido

veinte veces olvidadas. Desde entonces han pasado muchas cosas y muchos años. A Pierre lo llevará también porque es su amigo: ¡lo promete!

Hace un silencio. Bordan las estrellas signos misteriosos encima de las altas montañas. El bucanero calla y sueña.

Pero una vez más al viejo tigre de los mares le burla su destino. Porque si él es amigo del *engagé* Pierre Rodin, éste, hijo de esclavos brutalizados en los cañaverales de Haití, no puede ser amigo de él: le teme y le odia.

Tampoco los ojos azules y estriados de sangre volverán a contemplar jamás su almenado castillo de Bretaña.

Amantes.

Así ha pasado el tiempo. Al incansable cazador de reses cimarrones en los despeñaderos de las montañas de Haití, se le ve envejecer apaciblemente, acuartelado en su enorme ranchón de adobe y de yaguas. Le rodea siempre su africana y cada vez más numerosa turba de negros esclavos. No acaba nunca de gritar órdenes secas y cortantes al trabajo de los *engagé*. Tampoco descansa su tralla sobre las espaldas de sus siervos dobladas de un cansancio animal. Sube en sus arcas repletas la marea de la fortuna.

Por entonces se le conoció un amor. Amor tardío pero apasionado, tiránico y vehemente. Amor de pirata.

Ya en el avanzado ocaso de sus años conoció el amor de una núbil mulata: sangre africana mezclada con sangre nórdica de ingleses. Tiene 16 años y se llama Annie. Debe a sus antepasados nórdicos el color violeta oscuro de unos grandes ojos misteriosos; el altivo perfil del rostro moreno y la gracia de unas manos largas y finas. Pero la sensualidad ardiente y turbadora de ese cuerpo de carnes prietas y duras ha sido prendida a la lumbre de los soles africanos. La gruesa pulpa de los labios es fruta

del trópico cargada de dulces zumos de voluptuosidad y de deseo.

Bouquet la encontró en una de sus correrías por la selva. Le preguntó el nombre de su amo, y sin regatear el precio le compró al contado en cien escudos de Francia.

Al día siguiente Annie estaba instalada en su cabaña y era su mujer. No se le ocurrió al bucanero preguntarla si ella le quería.

No pasan muchos días y la cabaña oscura y maloliente del bucanero se hace más limpia. Ha entrado en ella una estela de claridad. También en los ojos y en el corazón de Roger de Bouquet: Annie.

Bouquet aplaza sus proyectos de ir y echar un vistazo a su derruido castillo de Bretaña.

Algunas tardes se entretiene oyendo entonar a Annie, con un raro ritmo monocorde, melancólicas melodías africanas. Otras veces Annie, sentada junto al ancho cor-pachón del bucanero que derribado en una banqueta de cuero descansa de sus correrías, lee con voz dulce un libro cristiano de vidas ejemplares.

Entonces Roger de Bouquet cierra los ojos y olvida. Acaso eleva una imprecisa acción de gracias a los dioses porque al final de su carrera le depararon esta paz y la fortuna de este amor y de esta ternura . . .

Annie le dió un hijo color de chocolate: Henry Marcel. Cuando sea hombre él se unirá con mujeres de la raza oscura y fundará una dinastía de hombres de garra. Unos serán traficantes negreros. Otros llevarán la guerra y la rapiña a las vecinas montañas de Santo Domingo: la sojuzgarán bajo su mano. Y habrá uno, General de los Ejércitos Negros de la Independencia de Haití, que llegará a coronarse Emperador . . . Será el hervor de la sangre audaz y violenta del pirata galo corriendo a lo largo del tiempo por las anchas arterias de la raza esclava.

Annie tuvo también una hija —Elizabeth—, pero ésta no lo era de Bouquet.

Sospechas.

En las pupilas ensangrentadas del terrible bucanero se quema la candela de una sospecha. Sospecha y nada más porque sus ojos zahoríes han creído sorprender el amoroso enlace de sus miradas entre Annie y Rodín.

La sospecha le enciende una fogata en el pecho. Proyecta bárbaros y crueles castigos. Sin embargo a veces se consuela pensando que Annie y Rodín no pueden atreverse a desafiar el horror de su venganza. Pero Bouquet sospecha la verdad. Su mujer y el mozo *engagé* son amantes. La atracción del alma y del noble instinto en esos cuerpos jóvenes y hermosos ignora el terror al posible dolor de los suplicios. No retrocede al pensamiento de la muerte.

Además se aman en el misterio. Fiebre de caricias en el trémulo azoro de minutos en los que se quisiera agotar la sed de eternidades.

Nadie lo sabe. Nadie puede saberlo. Tienen una sola cómplice: la negra Massamá, la *mamaloï* de la tribu y abuela de Pierre Rodín.

A un cuarto de legua de la cabaña de Bouquet y entre las quiebras de una barranca palúdica y cenagosa, tiene su bohío la vieja esclava. Allí propicia el encuentro de los amantes. Su vieja y cautelosa experiencia les rodea de un misterio inabordable. Y ella vigila siempre.

Los ojos zahoríes del bucanero podrán llenarse de sospechas pero no podrán descubrirlos jamás. Porque no tiene —entre esa turba de siervos— uno solo de quien pudiera confiarse. Todos le obedecen y le odian.

Pero como la sospecha es una tortura inaguantable en su pecho enchido de violencias, a Roger de Bouquet se le

ocurre una idea simple y cortante como el filo de su daga para descubrir la verdad por sí solo.

En el ancho patio de los cuarteles se alza un trémolo de gritos lastimeros y de gemidos sofocados. Sollozan las mujeres. Los hombres se retuercen resistiéndose a caminar bajo los golpes de los enfurecidos mayores.

Son las primeras horas de la noche. Un remolino de sombras oscuras se precipita hacia el resplandor de las fogatas. Son los esclavos y algunos *engagés* que los capataces van amontonando a rudos empellones.

Una bolsa de doscientos escudos de Francia ha sido robada del arcón donde el rico bucanero guarda sus tesoros. Y para descubrir el ladrón que debe estar entre los esclavos negros y *engagés* que duermen en los cuarteles de la cabaña, se engrasan las correas y se derriba a los más sospechosos junto al palo de la tortura.

Bouquet avanza entre el rojizo llamear de las fogatas. El viento las empuja y danzan sombras en el fondo de la noche. Manchas oscuras y vivos resplandores escarlata se estampan a turno en la cara del bucanero ceñuda de cólera. Avanza y dice:

—Si voluntariamente se entrega el ladrón será castigado con trescientos azotes.

Un silencio ancho y angustioso acoge la sentencia. Nadie respira. Entonces el pirata concluye:

—Y si no se entrega, al ser descubierto será azotado y muerto.

Bouquet vuelve las espaldas y se mete en su cabaña.

Sollozan las mujeres. Brazos nervudos armados de delgadas correas retorcidas de piel de toro se alzan y se bajan, a compás, sobre los flancos de unos hombres que mugen como bestias sacrificadas, y bajo la mirada de una turba pálida de horror.

Bouquet ha prendido su pipa y se ha tumbado junto a su mujer en su tosca banqueta de cuero. Hasta ellos

llega el rumor apagado de las lamentaciones y los gritos de los capataces. Annie le inquiera por el robo: ¿Cómo ha podido ser? Parecía imposible. Ella, Bouquet y Pierre estaban siempre vigilando...

El bucanero le escucha y no le contesta. Es repentino que se yergue y mirándola fijo con unos ojos hipnóticos y terribles le grita:

—Annie, ¿No crees que Pierre Rodín sea el ladrón?

La mujer levanta los ojos tranquilos y responde con voz suave y sin entonación:

—No lo creo. Pierre es muy honrado y fiel para que sea capaz de eso...

—Ve a registrar su habitación —dice Bouquet.

Una sombra de extrañeza se pinta en las pupilas de la mujer. Pero ella sabe obedecer sin preguntar. Se levanta y sale.

Bouquet prende los ojos en el techo y espera.

A poco vuelve Annie. Trae un ligero temblor en los labios hechos lívidos.

Si en ese momento alguien le tomara de las manos las sentiría húmedas y heladas. Dice:

—No he encontrado nada.

—¿Registraste bien?

—Sí.

—¿En el baul que Pierre guarda bajo su camastro?

Annie vacila unos segundos. Al cabo responde y su voz es un sopló.

—No.

—Pues ve a buscar allí —insiste el bucanero.

Annie vuelve a salir. Pero esta vez arrastra los pies en el suelo como si se le fueran acabando las fuerzas para andar. Bouquet no se mueve. Da largas chupadas a su pipa. Espera.

Ahora Annie tarda bastante más en volver. Con un oscuro terror en los ojos ha ido en busca de la negra Massamá. Le cuenta que la bolsa de oro la ha encon-

trado en la habitación de Pierre y escondida donde ya lo sabe y le indicara el mismo bucanero. Le dice que hay allí un misterio terrible porque Pierre Rodín no puede ser el ladrón. La vieja escucha y ve en todo eso la mano cruel y astuta del bucanero. La negra olfatea el peligro. Presiente la tragedia. Le dice a Annie que recoja la bolsa de escudos y la entregue a Bouquet. Ella salvará a su nieto. Pero le dice también que pase lo que pase no demuestre su emoción porque, quizás, sólo en eso les va la vida.

Annie obedece, vuelve y entrega a Bouquet la bolsa de escudos:

—He encontrado ésto.

—¡Entonces Pierre, Pierre Rodín es el ladrón!

La mujer no contesta. Está rígida. Apenas si la lividez de los labios le delata esa angustia mortal que le aprieta duro las entrañas.

Roger de Bouquet blasfema órdenes de muerte y sale dando traspies. Annie se deja caer. Es solamente una cosa oscura y retorcida contra el suelo. Annie sin voz en la garganta se ha puesto a rezar. Pero ya Pierre ha huído a la selva. Un gesto de ironía feroz pliega en surcos la boca del bucanero: Solamente Annie le ha podido prevenir.

Cacería.

Las antorchas son tizones que se queman en la negrura de la montaña. Caminan solas por el filo de los despeñaderos. Se apagan y se encienden las rojizas candelas. Ruedan en fila por las hondonadas. Se dispersan sobre la planicie.

En el silencio de la noche el ladrido de la jauría de mastines despedaza el corazón del hombre que huye.

Primero fué a esconderse en la cabaña de la abuela. Pero cuando siente acercarse el ululante grito de los perros,

comprende que su salvación sólo podrá ser en el refugio inmenso y tenebroso de la selva. Corre en la noche. Siguiendo las instrucciones de la abuela se tira al vado de un río. Pero a menos de la mitad retrocede. Despiertos los caimanes resbalan hacia él flotando como troncos sobre las aguas oscuras. Pelea a estacazos con los saurios y alcanza otra vez la misma orilla. Y camina. Ya no oye los desesperantes ladridos y poco a poco el corazón del hombre se sosiega. Piensa si en el corto espacio que se dejó llevar por la corriente del vado, habrían los perros perdido su huella. No puede calcular las horas o los minutos que han pasado. Sólo tiene la impresión de estar tan lejos de su vida y de sí mismo como si él no fuera él sino otro hombre. Sensación de hondo cansancio. El rudo esfuerzo le ha agotado la energía de los músculos. Siente también el corazón debilitado. Rodín se deja caer sobre el suelo húmedo y pone el oído en la distancia. Sólo el ímpetu del vendaval que aúlla en las hondonadas y hace gemir los troncos de los altos pinos y de las caobas. Entonces el fugitivo dobla la cabeza sobre los hombros y piensa.

No sabe por qué huye. Massamá le dijo que se había encontrado en su baul la bolsa de escudos robada al bucanero. Debe ser así. Pero ¿cómo es posible esto si él no ha robado? ¿No sería más bien un error, un terrible error que él estaría confirmando con su huída? No entiende de nada. Le mandaron que huya y él ha huído con el corazón desbocado de oscuras angustias. Es más bien un vago sentimiento de terror lo que hasta aquí le ha sostenido en el desesperado esfuerzo de la fuga.

Pero la noche, el viento y el alma tenebrosa de la selva suben hacia su corazón debilitado y le roen hasta la última fibra de su voluntad.

Por eso, cuando otra vez desgarra la noche el ladrido de los mastines que han reencontrado su pista en la montaña y suben la cuesta y bajan a su refugio, el fugitivo

no se mueve. No se defiende cuando las sombras de los esclavos le cercan hasta hacerle sentir en la cara el ardiente resplandor de las candelas. Deja que los capataces le golpeen y le amarren como a una bestia. Vocifera la turba de esclavos. Aúllan las rojas gargantas su alegría de triunfo. Encima de las crespas cabezas bailan las candelas. Ha concluído la cacería. Todavía no clarea el alba sobre las montañas cuando el *engagé* Pierre Rodín está listo para la sentencia: "El ladrón será azotado y muerto".

Roger de Bouquet se niega a escuchar las protestas de inocencia del *engagé*. Ordena a Annie que salga a presenciar el castigo. Dos forzudos capataces le desnudan las espaldas. Crugen los brazos del tirón brutal al suspenderle de golpe. Las carnes pálidas rebrillan en el remolino de sombras y claridades; amanece.

Fué entonces cuando el amor le vendió a Annie. Con los brazos en alto se precipitó hacia el condenado. Se interpone entre él y los mayores armados de látigos.

Llena el silencio su grito tremolante:

—No lo matarán porque Pierre es inocente!...

Annie no es Annie. Es otra mujer. El amor la exalta. La bella esclava de gracia y mansedumbre que conoció el rudo bucanero, siente ahora pasar caliente, por las venas oscuras, su vieja sangre de ingleses. Parece más alta. Brillan sus ojos decididos y altaneros.

Atónitos los mayores bajan los brazos. Ninguno se atreve a retirarla. Vuelven la mirada hacia el bucanero.

El camina ya por mitad del patio. En la madrugada que crece en el horizonte su cara está espantosa de pálida. Toda la ira salvaje y sanguinaria de su corazón amasado en la violencia madura en sus pupilas. Se encara con Annie y le ordena:

—¡Retírate!

—Pierre es inocente.

Bouquet se arranca del cinto la pistola y vuelve a ordenar. Su voz es ronca y sofocada de furor:

—¡Retírate!

Annie no se mueve. Su amor se ha sobrepuesto al horror de la muerte. Una llamarada de fuego y Annie se desploma rota la cabeza en sedal por el balazo. La misma bala ha herido el pecho del *engagé* sobre el corazón. Pero Bouquet no se detiene a mirar. Manda un segundo balazo sobre Pierre Rodín y le abre un agujero negro en el encuentro de las cejas.

Ahora una alegría siniestra ilumina la cara del viejo pirata. Siente que le llena la boca el crudo sabor de la venganza.

Soledad.

Sabe a vino seco de Borgoña el licor de la venganza. Se queda ancho y satisfecho el corazón.

Sin embargo, en ocasiones, se va sintiendo un poco raro.

Primero fué en las noches, después es a toda hora: una sensación que aunque parece venir de fuera está allí mismo adentro de su entraña. Es una impresión de soledad. El no la ha sentido así, jamás. Ni siquiera en los crueles días en que erró solitario en un bote náufrago por el salobre desierto del mar. Ahora está seguro en su cabaña. Le rodean serviles esclavos negros y blancos y mulatos *engagés*. Si se pusiera a contarlos su número pasaría de los ciento.

Pero Bouquet se siente terrible, espantosamente solo. Le hostiga el recuerdo de una mujer en la soledad de su corazón.

Esto le amarga la boca y, en veces, se le nublan los ojos. Se dijera que una ola de agua le sube del pecho y hierve y se evapora al fuego de sus pupilas.

Es como si le hubieran desenterrado una raíz del corazón.

No es que se arrepienta de lo hecho. Eso nunca. Si Pierre y Annie volviesen a vivir cien muertes más crueles les daría. Lo que sucede es nada más que Bouquet tuvo un solo amigo en su vida y tuvo una mujer dulce y tierna a la que él quería, y ahora no los tiene.

Peró el bucanero no se dejará vencer por esta soledad, si él venció la soledad del mar bajo la tortura del sol, del hambre y de la sed...

Reacciona en tremendos y despiadados furoros. Crujen en la tortura los huesos de los negros esclavos. El látigo no cesa de sangrar las carnes de los *engagés*. Un viento de pánico agita a la turba de serviles. Corre el rumor de que el bucanero se ha vuelto loco. Las órdenes más atrabiliarias y estúpidas salen de su boca entre blasfemias.

Entonces parece que una racha maldita ha comenzado a soplar hacia Bouquet. Se desmorona su fortuna. Los blancos *engagés* entran al pillaje de sus negocios. Se aprovechan de la neurastenia imbecil de Roger de Bouquet y reducen a la nada su pila de escudos de Francia. Lo desvalijan de sus tesoros. Es su desquite. Luego venden por su cuenta los fardos de pieles almacenados, se embarcan y se van en busca de mejor suerte. Bouquet, el terrible bucanero, no se entera de nada. Tampoco le importa nada. Parece un imbecil. Un imbecil malo, torvo y cruel. Cuando sale de su hosco silencio es para dar órdenes disparatadas o para empuñar él mismo la tralla bárbara entre soeces blasfemias.

A Roger de Bouquet solamente le rodea ya la tribu de gentes negras, cabezas crespas y miradas selváticas. Estos todavía le obedecen sumisos porque la mano del viejo bucanero es terriblemente pesada y es infalible la puntería de sus pistolas.

Pero, al cabo, también los negros se cansan de tanto horror. Circulan confidencias entre las cabezas cerradas como montes. Parece que algo misterioso esperan. Es que la *mamaloï* de la tribu, la negra Massamá, les ha ofrecido que eso podrá ser para la luna llena que está próxima.

Noche tras noche, esos ojos selváticos miran atentamente cómo va creciendo la luna encima de las altas montañas.

Vaudou.

Por senderos metidos en las entrañas de la selva descienden hombres y mujeres de las tribus africanas. Caminan rumbo a la cabaña del solitario bucanero. Sobre el oscurecer los alrededores pululan de sombras oscuras y silenciosas. Se reúnen en grupos bajo los árboles. Cuando conversan lo hacen en voz baja y misteriosa. La noche misma parece más profunda. Un halo mágico fluye de las copas de los árboles, de la montaña y de los astros.

Bajo la claridad de un cielo cundido de luceros aparece en un rincón del patio de la cabaña la negra Massamá. Está vestida de escarlata vivo y lleva enroscadas en el cuello y en los brazos desnudos ramas verdes y flexibles recién cortadas que simulan serpientes. La cabeza tocada de una especie de turbante blanco ondea un 'penacho de plumas de gallo. Detrás aparecen hasta doce mujeres vestidas de blanco immaculado. Turbantes escarlatas les adornan las cabezas, pero sin los atributos simbólicos. Por el extremo opuesto llega el *papaloï*, Sacerdote Supremo del rito africano. Viste una larga túnica oscura y encima algo como una capa pluvial resplandeciente de oropeles. En el centro y nimbada de pajas amarillas que hacen de rayos, se enrosca una serpiente bordada en verde. Sujetos a la cintura, a la altura de los flancos, cuelgan dos rabos de macho cabrío.

Ha comenzado a golpear, distante, entre las sombras de la noche el *bum bum bum* de un tambor. Imposible precisar de qué punto de la noche sale el reclamo mágico. Los oficiantes avanzan y repentinamente retroceden para avanzar otra vez entre decididos y medrosos. Se van acercando al centro del patio donde se amontonan abundantes hojas y ramas secas en espera del fuego. La *mamaloí* se decide repentina, como espantada de su propia audacia, y prende la pira con su tea. Crece rápidamente la hoguera. En este instante, como un misterioso soplo de los dioses, un viento fuerte sacude las copas de los árboles, sacude y agiganta las llamas de la fogata. Un oscuro estremecimiento ha corrido por las vértebras de la multitud agazapada en las sombras. Al mismo tiempo y con una precisión sorprendente, el golpe del tambor se ha agrandado desmesurado. Llena la noche. Está en la distancia infinita de los astros y en la lejanía cóncava de la montaña. Está en los rincones en sombra cuajados de siluetas nebulosas. Ese *bum bum* está en las aceleradas pulsaciones de las propias arterias. Y filtrándose entre el golpe implacable y monótono, se sucede ahora un tamborileo vertiginoso de mil tamboriles como un inacabable chorro de pedruscos en el abismo de la noche. El *papaloí* está rígido. Sobre las palmas de las manos extendidas hacia las montañas de Levante sostiene un machete desnudo. Impasible escudriña el horizonte. Espera la salida de la luna. Danza la danza negra la *mamaloí* de la tribu. Con los ojos en blanco y agitando los brazos pizarrosos en una suerte de invocación a los dioses, gira alrededor de la pira. Las mujeres vestidas de blanco y que parecen hacer de vestales, sin moverse del sitio, mueven las grupas siguiendo el monótono compás de la danza. Ellas rumorean una vaga imprecación sin palabras con sus voces sordas y aplastadas en la garganta.

Ha comenzado a cantar la *mamaloí* mientras baila. Y su voz y sus gestos tienen una expresión de terror a sus

antiguos dioses implacables. Teme que no ayude a su llamamiento. A veces su voz es un sollozo crepido de ancestrales angustias. Pero ya, estremecimientos eléctricos, saltos nerviosos de sus músculos, son presurosos de la llegada de sus dioses de Mozambique y de Guinea. Un resplandor dorado crece en el horizonte. La luna enorme como un globo sube por encima de un pico agreste de la cordillera. Entonces la negra Massamá se detiene repentina. Se dobla en arco hasta casi tocar la cabeza contra el suelo. Luego se irgue. La cabeza atrás como destroncada. Con gesto de furia desprende de su cintura unas ramas florecidas y las echa a la pira. Luego extiende sus manos rígidas con dirección a la cabaña donde se encierra el hosco y solitario bucanero. Sus manos negras y trágicas talan el aire con gestos de cábala. Le brillan con fulgor de muerte los dientes blancos. Un humo azulenco se alza de la pira. En sentido contrario circulan las mujeres moviendo sus grupas a compás. Ya el patio se llena, se desborda de nebulosas siluetas de negros hasta el límite de la rojiza claridad que esparce la hoguera.

En breve la danza de la negra Massamá es un vértigo de saltos frenéticos. Gritos ásperos se le escapan de la garganta. Burbujas cálidas le llenan la boca. Poseída de la divinidad baila la sacerdotisa africana su exorcismo contra el bucanero matador de esclavos, asesino de quien fuera carne y sangre de la misma bruja.

Y los tenebrosos dioses de Guinea acuden al sortilegio con sus oscuros y terribles poderes. El humo azulenco de la pira se desenrosca en espirales de serpiente. Es una larga serpiente, es una interminable culebra que se desenrosca de la pira, rastrea a flor de suelo, camina hacia la habitación donde descansa el bucanero Roger de Bouquet.

La vibración inexorable del tambor no cabe ya en los oídos. El redoble trepidante de los tamboriles es penetrante como un cuchillo. Roger de Bouquet ha escucha-

do el estruendo y se levanta de su ruda banquetta donde se pasa las horas con los ojos colgados del techo. Oye y se llena de... :

¿Por qué le turba en su silencio esa inmunda pira de cerdos africanos, de miserables esclavos, a sus ojos más despreciables que las bestias?...

Roger de Bouquet carga de plomo sus pistolas. Agarra con furia la tralla y sale. La *mamaloí* no le ve pero advierte su llegada. Es que ha alzado la cabeza, como si estuviese lista para atacar, la serpiente de humo que se desenrosca interminable de la pira.

El bucanero se mete en la sangrienta claridad de la fogata. Grita una orden a voz en cuello. Pero ahora nadie le obedece. Nadie siquiera le escucha. A la ira sucede el asombro. Todo a sus ojos es raro y absurdo como una pesadilla. Ve y no comprende. Hay una llama alucinante en la cara negra y brillante de sudor de la negra Massamá. Ella, sin siquiera mirarlo, danza frenética su danza africana de exorcismo y de muerte. Teas rojizas se han prendido en todas partes y se alzan y se bajan al compás de las imprecaciones histéricas que se escapan de la garganta roja de la *mamaloí*. Manchan de resplandores las cabezas oscuras y cerradas como montes. Parece que nadie se ha enterado de que el bucanero hubiese llegado hasta allí. Esos negros ya no son la pira servil más despreciable que los cerdos. Son unas gentes misteriosas a quienes les han poseído, con todos sus oscuros y alucinantes poderes, los dioses de Guinea. Contra eso es impotente, como la mano de un niño, la nervuda garra del viejo pirata armada de la muerte en la boca de sus pistolas.

Al asombro sucede el miedo. Roger de Bouquet, el sanguinario caballero del mar, el rudo bucanero de entrañas de piedra ha llegado a esta noche y a esta hora de brujería y maleficio para descubrir el terror de su corazón.

Es posible que sea ese terror el que le enraíce rígido en el suelo y le duerma los músculos de las manos. Puede ser. Pero él siente también que algo flexible, horrible y repugnante se le sube por las rodillas, se le enrosca en el tórax, le aprieta, le estrangula la garganta. El rudo alentar de su pecho se le escapa fatigosamente. Tiene la boca entreabierta y orlada de espuma. Roger de Bouquet tiene la impresión de que un frío mortal, como una picada de serpiente, le ha mordido el corazón.

Ya el hechizo por el brujo poder de los dioses de Guinea se ha cumplido. En la boca de la *mamaloï* rajada por la llama viva y roja de la lengua hierve la locura de los gritos.

Desbordada de todos los rincones de la noche, la masa de esclavos agita sus teas alrededor del bucanero. El tambor alucinante, los gritos histéricos, la danza frenética, todo es nada más que una horrible pesadilla a los ojos de Bouquet. Y eso flexible y repugnante que lo siente enroscado a la garganta... Impotente, deja el bucanero que le amarren los tobillos y las muñecas con cintajos de colores; que le engalanen la frente con los simbólicos cuernos del macho cabrío. Bebe sin resistencia un licor dulzón y picante que le ofrece el *papaloï*. Eso le produce la hipnosis y le pone paz en el corazón. Es una sensación laxa de abandono en las manos del destino.

Ahora sale la procesión rumbo a la montaña. La luz de la luna baña las cumbres y mancha de movibles claridades el fondo de la selva.

Roger de Bouquet camina por sus pies hacia el lugar del sacrificio. Detrás el *papaloï* que simula, de vez en vez, azotarle los flancos con ramas tiernas arrancadas a los árboles que bordean el sendero. Detrás la *mamaloï* sigue su danza y de cuando en cuando canta con voz de plegaria; "*Dambala Ouedo-nous p'vini*". Le responde

el coro de mujeres en un canto poderoso: "*Damballa Ouedo-Ou couleure Moins - nous p'vini*". Han llegado al corazón de la montaña. Cerca está ya el "Houmfort" del sacrificio. Lo anuncian los balidos de los machos cabríos y el angustiado mugir de un toro negro. Bajo un dosel de ramas frescas esperan también ellos la hora del *Vaudou*.

Mientras derriban a Roger de Bouquet en la piedra ritual sube un canto triste de todas las gargantas. Escalofrías la noche el penetrante balido de los animales a los que el instinto les ha avisado la proximidad de la muerte. Las voces humanas desgarran una melodía de terrores ancestrales. Y todo se funde en un solo clamor de agobios mortales y profundos. Se dijera que es una sola congoja de la montaña en la soledad inexorable de los cielos y de la noche.

El tambor ya no golpea su *bum bum* monótono como un reclamo de la muerte. Es ahora una sola vibración sorda y oscura como un lento desplomarse de la montaña y del universo con todos sus mundos y sus astros en el abismo cósmico y eterno.

Nada de inútiles y civilizadas crueldades. El sacrificio de Bouquet y, a turno, el de los animales elegidos es rápido y sencillo: el *Papaloi* le corta la yugular con el machete sagrado. Su sangre es recogida cuidadosamente en una vasija por la *mamaloï* y repartida de prisa entre los asistentes más próximos. La beben con fruición embandunándose los labios. Pero como son muchos y no alcanzará para todos, la *mamaloï* reserva una parte para aspergilarla luego sobre la multitud oscura y ávida de recibir en sus cabezas y en sus cuerpos la sangre lustral. Es el sacrificio de los dioses que simbolizan todas las religiones del mundo.

Después la saturnal africana, la orgía frenética que durará hasta que el sol reviente su lumbre en las blancas córneas de los ojos abombados.

Y más tarde, cuando el sol rueda ya en el ocaso sobre la cuchilla de las montañas de aquella tierra de mágica e imponderable belleza a la que un día arribara el rudo pirata empujado por su sino, esa misma turba de caras negras y córneas blancas, se sentará plácidamente en círculos a devorar la carne de los animales sacrificados. Entre esos asados pasarán trozos chamuscados del cuerpo de quien fuera un día terrible, alegre y sanguinario caballero del mar: Roger de Bouquet.

II

EN HAITI

LOS MUERTOS VUELVEN

II

Encuentro.

Cuando el Plymouth con su imponente tonelaje y sus mastiles cundidos de vivos gallardetes, apuntó su proa hacia las montañas que, de improviso, a nuestros ojos, rompieron en altas y agudas aristas el inexorable azul del horizonte, ya los tres éramos tan amigos como de tiempo atrás. Y la verdad, los tres nos conocimos en el barco.

Vidas y profesiones distintas. Sin embargo, fué bastante el encuentro fortuito a bordo de un barco que navega en el Mar de las Antillas. Quizás nos hicimos amigos porque los tres padecíamos debilidades semejantes.

Max Roldán es un bien trabado ejemplar de gaucho de las pampas argentinas. Frente espaciosa y alta señalada por el trazo de una vena azul. Pupilas negras y centelleantes bajo el firme pincelazo de las cejas. Alto, trigueño, bailaror de tango. Además, Max Roldán, era un admirable conversador de extrañas y distantes aventuras.

Al dominicano J. J. Palora le dicen "Chucho". El sabe preparar unos ardientes brevajes de ron y nos ilustra con detalles de las mejores casas de pecado donde se dosifica —precio standard— el veneno del amor. Esto era todo lo que sabíamos de sus viajes de exilado de su gobierno por los puertos antillanos. En veces, hay que confesarlo, Chucho se ponía *pesado* con sus quejas y rezongos de político que digiere mal. Entonces le decíamos: "Con

nosotros, fuera farsas, amigo; es mejor que nos prepares un buen cocktail de ron jamaíquino y nos hagas un cuento picante de mujeres..." y Chucho volteaba el disco o nosotros nos íbamos a cualquier parte. Por ejemplo a la piscina del barco, donde unas deliciosas "girls" neoyorkinas exhibían de tres a cinco de la tarde, sus cuerpos blancos y sonrosados.

Los tres nos proponíamos pasar una memorable temporada en Puerto Príncipe. Sin embargo, cuando esa tibia mañana del mes de Noviembre desembarcamos en el muelle de la Colombian Line, el dominicano, momentáneamente, se nos había eclipsado.

Max Roldán y yo irrumpimos en el lobby del Orloff a pasos firmes y optimistas. Corre de prisa la sangre en las venas. Algo como un seguro de éxito nos calienta las manos. Era que nos habíamos despedido del barco y del mar con unos tragos de ron del bueno de Jamaica.

*

—*Bon jour, mademoiselle.*

—*Bon jour, monsieur.*

—*Merveilleux pays. Je suis très charmé d'être arrivé.*

—*Merci. Vous êtes très gentil.*

—*Pas du tou... ¿Mademoiselle? ...*

—*Madame. Madame Ivonne de la Croix Bouquet.*

Mientras yo firmaba el libro de registros del hotel escuché a mis espaldas el rumor de esa conversación entre Max y una voz de timbre armonioso, cálido y de puro acento francés.

Después le tocó el turno de firmar a Max. Yo me volví y pude contemplar a mi vez unos bellos ojos oscuros y soñadores engarzados en un rostro trigüeño de una rara y turbadora dulzura. Unos segundos nada más.

Lentamente, por la escalerilla en caracol, han descendido unos zapatos de lona, pantalones de franela de corte irreprochable, delgado junquillo retorcido, americana spor-

tiva de color marrón y la cara angulosa, de anchos maxilares de ese hombre de color que, más tarde supe, era Monsieur Gastón de la Croix Bouquet.

Durante unos segundos, esas pupilas inalcanzables me bañaron de una luz verdosa. Luego, el hombre tomó del brazo a la bella y dulce mujer y se la llevó consigo. Mi mirada les siguió hasta que subieron al roadster suntuoso parqueado frente al hotel. Como una clarinada vibró en el aire azul el amplio rugido del claxon cargado de sonoridades casi musicales.

En algunos días y de vez en cuando recordamos el encuentro. No los volvimos a ver. A poco los teníamos por olvidados.

Pero hay gentes que son para animar un destino. Ese hombre y esa mujer son nuestros. Dos meses después los volveremos a encontrar.

Hace un buen clima en Petionville. Es éste un cabaret de moda a veinte minutos de Puerto Príncipe en un agreste rincón de la escarpada montaña del Hospital. Las noches calurosas del trópico se refrescan allá arriba. Hay una vista panorámica espléndida. Sirven bien a la francesa. Se bebe y se baila con mujeres de brazos blancos y bellas espaldas desnudas.

El gaicho —este amigo Max Roldán— es un cazador de raza. Audaz con las mujeres. Siempre seguro de sí mismo. Quizás será por éso que lo quieren. O porque es apasionado y olvidadizo.

Ivonne y monsieur de la Croix Bouquet cenan en un rincón discreto y penumbroso. Se acompañan de unos oficiales de la ocupación americana que se emborrachan dignamente sin perder el equilibrio.

Al pasar frente a ellos, Max la saludó con intención. Ivonne le contestó con una sonrisa como una flor. El hombre no les pudo ver porque en ese momento estaba ocupado en dar candela a su tabaco.

Fué entonces cuando el doctor Dineauraux —un negro caballero y sabio galeno graduado de la Universidad de París— que bebe con nosotros, nos ilustra:

—No son ellos *todavía* marido y mujer. Ivonne es cuñada de Gastón de la Croix Bouquet. Su marido murió de un modo raro. . . . Hay allí una historia de brujería tenebrosa y cruel.

El sabio de ébano luce un diente de oro al trasluz de una cínica sonrisa. Se frota el hule de la mejilla con la palma de la mano. Luego mira atentamente a la pareja al través de sus gruesos espejuelos. Tal vez recuerda. Quizás vacila. Para decidirlo le empujamos unos tragos más. Por fin el hombre se decide y nos cuenta.

Croix Bouquet Frères.

Gastón de la Croix Bouquet descendiente del pirata Roger de Bouquet es el mayor de cuatro hermanos y una hermana. Son todos gente más o menos rica, aunque no todos son hijos de la misma madre. Paul, el menor de los cinco, es hijo de una mulata medio francesa y casi blanca. Los otros lo son de otra más oscura mujer de Cabo Haitiano. La sociedad de esos cinco hermanos herederos de una millonada en plantaciones de caña y de café, hizo un tiempo la firma comercial más poderosa de los colonos nativos.

Pero la hermana se casó con un dominicano, liquidó y se fué a vivir a Macorís. Otro se murió. Otro se fué a vivir a la Ciudad Luz, donde se quedó sin un centavo, pero llegó a la meta de sus aspiraciones: portero de gran hotel. La firma social "Croix Bouquet Frères" se redujo al primero y al último de los cinco hermanos. Gastón es el gerente. Paul es el socio. Entre los dos hay una diferencia de veinte años y la de la afición al mar de Paul y a los negocios de tierra de Gastón. Por eso fué que Paul entregó su confianza, —junto con sus planta-

ciones de Cabo Haitiano— a la productiva habilidad de los negocios en las manos del hermano.

Gastón de la Croix Bouquet se casó con una bella mulata en la ciudad del Cabo. Al principio parecían hacer una pareja feliz. Pero el matrimonio sólo duró tres años. Al cabo de este tiempo se divorciaron. Ella, quién sabe si resentida por las desavenencias conyugales, acusó a Gastón de sadismo, brujería y otras monstruosidades más. El escándalo duró hasta el día en que desapareció Henriette —así se llamaba la mujer— sin dejar rastro. Nadie volvió a saber de ella.

El alma de Gastón es cerrada y enigmática como un pedazo de selva en noche de luna.

Por su parte, Paul sólo se ocupaba de sus correrías por las pequeñas islas antillanas de barlovento, a bordo de una ágil goleta que capitaneaba él mismo. El negocio de cabotaje le producía lo bastante para tener necesidad de acordarse de sus plantaciones del Cabo, lo que, al fin de cuentas, era en su pensamiento como una reserva de fortuna que se guardó en un banco.

En uno de esos viajes Paul conoció a Ivonne en la Martinica, y entre idas y venidas acabó por decidirse y se casó con ella. El amor de esa bella mujer pudo más en el corazón del marino que su pasión por el mar.

Fué sólo entonces cuando amarró su goleta en la rada de Gonaive, y se instaló con su mujer en una villa de la aristocrática barriada de Champ de Mars en Puerto Príncipe.

Pero quien tiene los músculos elásticos y jóvenes no se acostumbra fácilmente a la vida muelle e inactiva. De vez en cuando, Paul sentía la nostalgia de su goleta que se balanceaba en la rada de Gonaive. Pero Ivonne se oponía tenazmente a que Paul reanudase su vida de marino. Entonces, como una transacción, se le ocurrió a

Paul una idea fértil: "Irían los dos a ver cómo andaba eso en las plantaciones de Cabo Haitiano".

Ivonne acogió la idea y pocos días después tenían listas las maletas.

Llegaron a la hora en que el gerente de la firma Croix Bouquet Frères ingería su tercer *high-ball* de la mañana. Gastón admitió con extraordinario contento que no podía ser más oportuna y grata la sorpresa. Justamente él se quejaba muchas veces para sí, de la soledad y el abandono en que lo tenía el más pequeño y, para él, el más querido de los hermanos. A Ivonne la encontró *très jolie* y le dedicó sus más amables atenciones. Se organizaron fiestas y excursiones por las extensas landas de la sociedad. La vida es buena. La fortuna marcha sobre ruedas empujada por las manos del experto gerente. Paul se siente confortado en esa vida de acción, y cada día se olvida un poco más de su goleta, de sus viajes y del mar.

Pero un día sucedieron cosas raras...

Jaguares.

Galopaban los tres al borde de una cerca de alambres. A un costado se alzaba la sombra de la montaña. Por el otro costado se extendía la llanura rica y lujuriosa de altos cañaverales. El sol se ha tumbado ya tras de las colinas. El viento trae los rumores de la montaña: gritos de las aves y ásperos chillidos de las bestias salvajes.

Los dos hermanos van delante de Ivonne en unos cuarenta metros. Caminan absortos en una conversación de interés muy grande para la sociedad Croix Bouquet Frères. Sucede que la confidencia de un alto empleado de las oficinas del gerente le ha hecho saber a Paul que las más grandes y ricas plantaciones pertenecen exclusiva y personalmente a Gastón. La revelación fué un estupor. Paul se resiste a creerlo. El entiende que todas, hasta las nue-

vas plantaciones, son de la sociedad, adquiridas con las utilidades de la misma, pues Paul, por pensión nunca recibiera un centavo. Pero Gastón confirma la confidencia de su empleado: "Estos nuevos y extensos cañaverales son producto exclusivo de mis personales ahorros..."

Paul calla y piensa. Una arruga vertical la ha partido el entrecejo. Gastón le observa desde el ángulo de sus ojos. Ninguno advierte lo que le sucede a Ivonne.

Repentino, el caballo de Ivonne ha aferrado las pezuñas contra el suelo. El pescuezo en arco sobre los corvejones. Por la piel chorreada de sudor le corre un temblor de miedo.

Una vaga inquietud azora el pecho de Ivonne. Pero reacciona en un esfuerzo. Se afirma sobre la silla y castiga resueltamente al animal. Entonces el caballo se encabrita. Sus manos baten el aire.

Al tiempo de salir despedida de la silla impelida por el bote, Ivonne alcanza a distinguir unas pupilas fulgurantes que le acechan desde el suelo. Es una alimaña selvática, de piel atigrada y pupilas crueles pintadas en oro. Entreabiertas las fauces se apoya ligeramente sobre las garras desnudas.

El grito de Ivonne y el arranque violento del caballo que escapa sin jinete a través del plantío, hacen volver la cara a los hermanos. Pero cuando ellos acuden a Ivonne ya el gato montés ha huído a la montaña.

Regresan preocupados y en silencio. Ivonne ha sufrido un fuerte golpe en el cerebro. Se retira inmediatamente a su habitación y se acuesta. Solos y frente a frente cenan los dos hermanos. Un halo de inquietud ronda las pupilas alertas.

En tanto Ivonne, a solas con sus pensamientos, se siente dominada por una impresión de zozobra. Le parece que alguien le espía, le acecha de allí... donde no hay

nadie. Es un vago terror de algo que presiente sin comprenderlo del todo.

Pero no es sólo el halo vibrátil de la noche que llega en sombras lo que le desasosiega el corazón. Hay en su temor algo más concreto.

Hace dos días sorprendió a su cuñado oculto tras de un paraván atisbándola en su toilet íntima. Y al saberse sorprendido, hizo cínico alarde de su fea acción prodi- gándole frases atrevidas.

Encendida de cólera, Ivonne le aseguró que se lo contaría a Paul. Entonces Gastón se puso terriblemente serio. Se limitó a contestarle:

—¡Pues eso quiere decir que tendré que matarlo!—
Dijo y se fué.

A Ivonne le entró un poco de miedo y se guardó de contarle el incidente a su marido. Esto, probablemente lo interpretó Gastón como un silencio cómplice y no cesa de acosarla con sus miradas largas de deseo.

Hoy, por las pocas palabras que ha escuchado cruzarse entre los dos hermanos, se da cuenta que ha surgido entre ellos una grave disputa por cuestiones de negocios de la sociedad.

¿En qué vendrá a parar todo esto? Le da el corazón que va a ocurrir algo grave. . .

Así, pensando, se va el tiempo. Hace mucho rato que cerró la noche. Ivonne siente pesada y como si le hubieran vaciado la cabeza. La fiebre le abrasa la piel. Poco a poco cierra los párpados cargados de sopor. En el letargo que le invade los sentidos, Ivonne sueña un sueño raro y malo.

Pesadilla.

Le parece caminar por una playa anchurosa y bella como no la ha visto nunca. Los tumbos de las altas olas le mandan encajes de espumas a los pies. Con ella está

su marido. Un bergantín de alta borda viene por el mar. Al tope del palo de mesana ondea una bandera negra como el ala de un buitre. Encalla el bergantín sobre la arena misma de la playa. Sobre los puentes corretean hombres de barbas de cobre y ojos llameantes. Visten extrañamente. Parecen arrancados de esas estampas de piratas de hace siglos. Uno de ellos es alto, fornido, autoritario. Su mirada es dura y penetrante como la hoja de un cuchillo. Da órdenes y los otros le obedecen. Debe ser el capitán.

Pero ese hombre es malo y cruel. El hacha de su mirada ha tajado el horizonte sobre Ivonne y ordena en un grito que la capturen y la conduzcan a su barco. A Ivonne le crecen los latidos del corazón. Se estrecha contra el pecho de su marido en busca de amparo. Pero él se ríe con risa siniestra. Ivonne vuelve la cara y los ojos a Paul. Pero no es su marido el que estaba junto a ella. Es su cuñado Gastón quien se está riendo de ella y de su miedo. Ivonne corre por la playa que se ha hecho lodosa bajo un cielo pálido y sucio. Corre hacia un refugio que no encuentran sus ojos en la terca inclemencia de una llanura sin límites. Detrás viene el ulular siniestro de mil jaurías. Y bajo el huracán la carrera acompasada de esos hombres de barbas de cobre y ojos en llamas.

Ahora, Ivonne, se sabe una mujer fea y selvática. Le acongoja una sensación de horror y de piedad de sí misma. ¿Por qué sortilegio se ha convertido en un ser oscuro, indefenso y perseguido como una bestia? . . . Huye oprimido el corazón de terrores ancestrales. Tiene la impresión de haber vuelto atrás, a los orígenes milenarios de una de las razas que se enlazan en sus venas. Le parece que así ha huido siempre al refugio de la jungla, bajo el acoso de unos hombres despóticos y crueles. Delante de ella se alza la selva misteriosa. Al borde de la selva le espera un hombre. Otra vez su cuñado con esa mirada

atravesada y maligna. Ivonne dobla la cabeza y mansamente se entrega. Tiene la impresión de que ya nada puede contra la voluntad de quien le vuelve el alma inerte como la de un niño o como la de una esclava. Su corazón camina hacia la resignación fatalista que viene desde el ancestro milenarío de una raza.

Gastón la sujeta por el hombro y la empuja ruda-mente hacia atrás. Repentinamente, Ivonne comprende lo que quiere de ella. Y toda la angustia dormida en su garganta se hace un solo grito:

—¡Paul...! Y con el grito rompe el sortilegio del mal sueño. Ivonne está ahora incorporada en la cama. Su mirada cargada de una vaga expresión irrazonada y soñolienta se fija en la cara angulosa y sarcástica que está delante de ella. Es su cuñado Gastón. Y en la realidad como en el sueño, ese hombre, allí, solo, delante de ella, le da miedo.

Entonces él dice:

—Te he escuchado gemir; ¿qué te sucede, Ivonne?

Ivonne tarda en coordinar las ideas. Al rato responde:

—Nada— y se restriega los párpados. Luego agrega en un gesto de cansancio:

—He tenido un mal sueño. Debe ser consecuencia de la impresión de esta tarde...

Ivonne no sabe qué más decir. Desde un ángulo se ha puesto a sonar un reloj. El *tic tac* golpea lento haciendo inmenso el vacío del silencio.

La cara de Gastón adquiere una movilidad intencionada. Le brillan los ojos. Dice marcando las palabras:

—Mi hermano no es más que un excremento, pero un excremento con suerte.

Ivonne medio aletargada por la fiebre no comprende bien. Gastón agrega con una mueca de sonrisa:

—¡Claro!... un desgraciado que tiene la suerte de acostarse todas las noches con una mujer como tú.—Y las

pupilas del hombre bañadas de una claridad intensa resbalan por los hombros desnudos de Ivonne; se deslizan por los globos mal velados de los senos.

Un vivo sonrojo incendia la cara de la mujer. Se conturba hondamente. Ahora se da cuenta del desorden de sus ropas y de que es la mano de su cuñado la que le quema el hombro como una plancha ardiente. Bruscamente se deshace de esa mano y se cubre con la sábana. Ivonne no sabe cómo huir de esos ojos que se le enroscan al cuerpo.

Pero Gastón se le acerca más. El aliento de su boca encima de la cara de Ivonne quema más que el ardor de la fiebre. Dice remarcando el gesto que le pliega las comisuras:

—Estás un poco enferma. Tienes fiebre, *mi Ivonne!* . . .

La boca de Ivonne se adelgaza de angustia. Le huye la mirada. Al cabo acierta a rogarle:

—Mira, Gastón, hazme el favor de llamar a Paul. Quiero verlo.

El repite como si silabeara una frase absurda:

—Lla-ma-a-Paul . . . —Luego levanta el arco de las cejas y como si se tratara del delirio incomprensible de un niño, le contesta:

—Eso es lo que no puede ser.

—¿Por qué?

Ivonne no comprende. Otra vez la risa sardónica de él. Se dijera que lo que está sucediendo allí no es más que la continuación de la pesadilla.

—No puede ser porque si ahora viesen a Paul, quizás te afectarías más. Sucede que Paul se empeñó en salir a cazar el gato montés que esta tarde espantó tu caballo. Y allí se quedó en la montaña, herido de una dentellada y de algunos zarpazos . . . Luego lo traerán aquí para curarlo.

¡Mon Dieu, quiero verlo!—grita Ivonne.

Pero la mano grande y huesuda de Gastón inmobiliza rudamente su impulso de arrojarse de la cama.

—Te he dicho que no es posible.—Su mirada se clava en los ojos buídos de la mujer con una tenacidad autoritaria. Ivonne siente penetrarle hasta la médula el brillo de esos ojos.

Calla y baja los párpados. Un dolor violento le martillea las sienes. Su cuñado ordena y una sirvienta le trae en un vaso un brevahe de quién sabe qué menjurjes. Ivonne bebe y se acuesta. En la somnolencia de la fiebre y de la droga, murmura muchas veces:

—Paul! . . . Paul! . . . Qué le ha sucedido a Paul!

Tal vez ella no quiso creer las palabras de Gastón, pero él no le ha dicho más que una parte de la verdad.

Gastón es brujo.

—Mañana vamos a liquidar nuestra sociedad!—le había dicho Paul a Gastón unas horas antes, en cuanto terminaron la cena.

Paul es un lobo de mar que sabe cortar las brumas con la proa de su barco. No dice nunca muchas cosas, pero lo que dice es definitivo. Y su medio hermano le conoce bien.

Recostado en el muelle respaldar de una butaca, la una pierna encima de la otra, Gastón parece meditar seriamente en las palabras del hermano. Mira atento sus manos largas y oscuras, de fuertes tendones. Al cabo se levanta y deja solo a Paul.

La noche es calurosa y negra. En el cuadro del ancho ventanal se arremolinan las sombras empujadas por el viento; estruja las cortinillas como si fuera una mano; mueve los viejos espadones de siglos muertos que cuelgan de los muros.

Paul siente en la piel una rara impresión de malestar.

Además está muy intranquilo por Ivonne. Esa caída del caballo puede traerle desagradables consecuencias... Verdaderamente era muy raro que un jaguar de la selva haitiana merodease tan cerca de la finca... a no ser que según rumores que habían llegado hasta él fuese aquella una de las alimañas que domesticaba su hermano para ocultas prácticas de hechicería. ¿Sería eso verdad?... Si bien, después de haberle comprobado los sucios negocios de la sociedad con que se ha enriquecido a su costa, para Paul, este hermano suyo ha resultado un canalla capaz de todo.

Hace más de una hora que salió Gastón. Paul comienza a impacientarse.

Un fuerte ruido a sus espaldas le hace volver nerviosamente la cabeza. Es Gastón que vuelve. Entonces Paul se levanta para retirarse, pero antes quiere explicarle claramente su decisión para que no haya lugar a dudas:

—Escúchame, Gastón: La revisión de los libros de la sociedad y la partición de lo que haya, debe estar con cluida para fines de semana. Ivonne y yo nos marchamos el lunes.

—Tienes mucha prisa por irte, mi querido hermano... Es sensible tu determinación, pero todo se hará como desees, —le contesta Gastón afectando una ironía cariñosa. Y ante el silencio despectivo del otro, como el que repentinamente se acuerda de algo importante, agrega:

—Pero, quizás, no debieras irte sin conocer algo que, además de ser misterioso y atractivo pudiera ser de mucho interés para ti.

—¿Qué?

—Recuerdas que Ivonne dijo haber sido un gato montés la bestia que esta tarde espantó su caballo?

—Sí.

—Pues, es probable que ese jaguar sea hermano de otro que cacé meses atrás en la montaña. Conseguí capturarlo vivo y lo tengo encerrado cerca de aquí. ¿Quisieras verlo?

—Bien, lo veré mañana.

—Preferiría que fuese hoy.—Gastón hace una pausa mientras alcanza la caja de habanos. Le ofrece uno a Paul y enciende el suyo. Luego agrega:

—Creo que un pariente nuestro vale la pena de esa molestia.

Paul lo mira fijamente sin comprenderle. Cree no haber oído bien. Pero Gastón le aclara las dudas.

—¿Tú no sabes que en ese gato montés ha reencarnado nuestro gran antepasado, el famoso pirata Roger de Bouquet? . . . Esta noche he pensado hacerle una visita en su cubil. Si quieres me acompañas.

La tranquila seguridad con que habla Gastón impresionó a Paul. Le despeja de los ojos esa sombra de absoluta indiferencia. No, su hermano no está loco. Sabe lo que dice. Gastón insiste:

—Además, junto con esa alimaña guardo otras curiosidades que son el alma de Haití y que tú, siempre alejado de nosotros, las ignoras a pesar de que dices ser un buen haitiano.—Termina Gastón con acento que quiere ser de festiva ironía.

Es ahora Paul quien aguarda con impaciencia que Gastón llene calmadamente su copa y paladee el ron viejo como un buen bebedor. Luego hace sonar el timbre. Un criado negro le entrega unas llaves y una pistola browning.

—Este *juguete* —explica Gastón— no lo olvido nunca cuando voy a enfrentarme con seres impulsivos y peligrosos, aunque parezcan amansados. . .

Y la ambigua sonrisa del gerente de la sociedad Croix Bouquet Frères, en vísperas de liquidación, es más siniestra que el brillo negro de la pistola.

Los dos hermanos caminan por el callejón enarenado de la finca. En la noche oscura sus trajes claros del trópico dan una impresión de sombras irreales. El viento huracanado hace danzar las anchas hojas de las palmeras asiáticas de tronco corto, en un susurro de cuchillos que se cruzan los filos.

A poco se meten en la maleza de la montaña. Absortos en sus propios pensamientos ninguno habla, ninguno siente cansancio. De vez en cuando, en el murmullo misterioso del viento en la selva, Paul escucha golpes de tambores distantes. Son lejanos y como extraviados en el corazón de la montaña. Ve también un encenderse y apagarse de luces rojizas perdidas en los horizontes negros de la noche. Se dijera que la montaña oscura y misteriosa se ha poblado de candelas y de sonidos errantes.

—¿Qué cosa es...? —pregunta Paul.

Los tambores del *Vaudou* —contesta el otro, seco y enigmático.

El trillo se hace tortuoso y sube por una cañada en pendiente. Gastón hace uso de una lámpara eléctrica para iluminar el sendero. Pero a pesar de la ancha franja de luz que ella proyecta, Paul camina con dificultad. La cañada es fangosa y sembrada de malezas. Luego orilla el filo de una sima negra y profunda. Desde el fondo sube el murmullo de una corriente de agua golpeándose contra los pedregales.

Ese murmullo de frescura ingenua y cordial apacigua por unos minutos el hosco misterio de la selva.

Bruscamente, ante el blanco resplandor de la lámpara, se abre la entrada de una gruta. Es un túnel natural abierto en la montaña. Ahora el silencio denso y pesado se vuelve hosco como puño de negro.

Solamente de rato en rato se escucha el susurro de hojas secas arrastradas por el suelo. Enormes y asquerosas sabandijas reptan por esa tierra lodosa en la que los zapatos se hunden como en una masa gelatinosa y pú-

trida. Paul se siente fuertemente impresionado. Le agarra las narices ese hedor agudo y repelente. Insinúa si sería mejor dejar esa fatigosa excursión para el día siguiente.

—Mañana será difícil realizarla . . . —Después de un silencio aclara Gastón la respuesta ambigua— ¡Tenemos tanto que hacer!

Un ancho portón de gruesos barrotes de madera y alto de tres metros les cierra el paso.

Gastón hace uso de las llaves y descorre los cerrojos. Luego cierra tras sí la puerta y avanza por el escondrijo. Cincuenta metros más adentro el túnel se ensancha en una plazoleta cerrada en los tres costados por las moles de granito. Por el otro se abre un agujero sobre el abismo y a las sombras de la noche que empuja y desparrama el ventarrón luchando contra la lumbre amarillenta de unos altos cirios iglesiales que, uno a uno, va prendiendo Gastón.

A la luz vacilante de las velas que estrujan sombras fantásticas contra las rojizas paredes de la montaña, Paul mira y un hondo estupor se pinta en sus pupilas.

Por las ásperas arrugas de las paredes rocosas suben, bajan, se cuelgan repugnantes sabandijas de lomos verduzcos y ojillos inquietos y relucientes. Se asoman y se esconden tras unos trapos negros y escarlatas que penden en retazos de los muros. El viento impetuoso los sacude; los retuerce; los hace danzar como sombras de ahorcados contra la muralla granítica. Al centro de la plazoleta se ve una tarima de cuatro pies de altura cubierta de una tela encarnada. Dos calaveras humanas con sus correspondientes tibias y fémures hacen guardia a una alta y fina estatuilla trabajada en bronce negro. Es una serpiente que se enrosca al tronco de un pino. Sería la bíblica serpiente si esa cabeza armada por el furor no continuara

en un torso de mujer de senos altos y puros. El extremo de su larga cola se anuda a los flancos de un macho cabrío que en postura innoble descansa en un pedestal de círculos concéntricos. Alrededor de la figura central otros dioses del "Vaudou" tallados en caoba y en piedra. Dioses negros de barrigas deformes y ojos saltones. Figuras repulsivas vestidas con los oropeles suntuosos de los dioses de la mitología cristiana.

—Este es mi *hounfort* y yo soy *hougan* del culto *Vaudou* —le dice Gastón a Paul con una naturalidad desconcertante. La estatuilla central es el símbolo del dios serpiente Damballa Ouedo. Ese otro de cara ancha y orejas finas y tiesas como las de un lobo es la del dios Ogoún Badagrís; este dios exige, en veces, sacrificios terribles para ser aplacado. Más allá la diosa Ezilée lleva los ropajes católicos de la Virgen María.

Así, Gastón, le explica al hermano, y mientras tanto, sin cortar el hilo de su sonrisa socarrona, el gerente de la poderosa firma comercial en vísperas de liquidación, enciende unas velas dentro de las calaveras. Luego unos mecheros de grasa en cáscaras de coco delante de los otros dioses del *Vaudou*. Un olor fétido se alza con el humo de las mechas. Las calaveras irradian por las cuencas ardientes una expresión de escalofriante ironía. Hace fondo al altar *Vaudou* una pantalla escarlata que luce al centro los trazos negros de una cruz.

¡Roger, aquí!

La cara salvajemente excitada de Gastón se baña de una claridad de místico, de criminal o de loco cuando dice:

—Ahora vas a conocer a nuestro gran antepasado, tronco de la estirpe de los caballeros de Bouquet en Haití: el pirata y bucanero Roger de Bouquet.

Y sin esperar la respuesta de Paul, llama en un grito:

—¡Roger! ¡Roger!

Es a la segunda llamada cuando se escucha un rugido por alguna parte. Luego un crugido de ramas hacia el agujero abierto hacia la noche. Por allí asoma la cabeza y los ojos dorados y relucientes de un jaguar de las selvas haitianas. Gruñe mostrando sus agudos colmillos.

—¡Roger, aquí! —manda Gastón.

La bestia asoma fuera toda la cabeza, afirma las garras al borde del cubil y de un solo salto cae junto a Gastón. Pero sus ojos se han clavado con una dureza punzante en la cara de Paul.

Gastón afirma con voz opaca y cimbreada de misteriosas convicciones:

—¡Hermano, créelo, en Haití los muertos vuelven! Este es nuestro antepasado, el pirata Roger de Bouquet.

La cara oscura de Gastón se ha cubierto de un tenue sudor. Brilla toda con una expresión siniestra. Su mano grande y huesuda soba, una y otra vez, la cabezota de la bestia en una caricia amansadora.

Paul mira y la verdad es que no quisiera ser vencido por esa estúpida alucinación. Pero no puede negarse a sí mismo que las pupilas doradas de la bestia mala lo miran con una expresión de inteligencia y de crueldad casi humanas. Si no fuera una idiotez, dijera que es la misma expresión con que mira el terrible pirata sanguinario desde un retrato al óleo. Las palabras del hermano: "En Haití los muertos vuelven" le impresionan de un oscuro terror que no puede vencer. Es un miedo a algo que es más fuerte que su bravo corazón de hombre de mar, criado en la lucha con los huracanes y en la confianza de los cielos abiertos y de las olas fugitivas en las azules rutas del mar.

La madre de Paul fué haitiana, pero la vida limpia y sencilla de marino ha forjado en Paul una alma que se sabe profundamente lejana de la de su hermano más oscuro de la ciudad del Cabo.

Paul no acierta con el comentario oportuno a todo eso absurdo y alucinante que le rodea. Si bien tampoco tiene oportunidad de expresar sus sentimientos. Gastón ha cambiado el tema de la conversación y como si estuviese sentado frente a su buró, en la oficina de la gerencia, dice con voz que suena sorda y extraña:

—Mira, Paul, ¿no te parece que esa liquidación de nuestra sociedad hay que pensarlo con calma? . . . Para después de la zafra, quizás.

Esto, a Paul, le remata la sorpresa en los ojos. ¿Qué tienen que ver esas frases de liquidaciones y negocios con ese ambiente de hechicería? Le suena a burla siniestra. Pero Gastón no se burla. Sus ojos fijos en la cara de Paul esperan una respuesta. Entonces Paul confirma:

—Este asunto está ya bien pensado y resuelto. Mañana liquidamos y no hablemos una sola palabra más acerca de ello.

—¡Bien! Eso te conviene a tí, pero es un mal negocio para mis intereses. Y no será porque no puede ser. Además, para evitar estos intentos de liquidaciones sorpresivas, he formulado un convenio de prórroga de nuestra sociedad por diez años más y prorrogables por otros diez, a voluntad del *gerente*.

Gastón extrae del bolsillo un documento, lo desdobla despacio ante los ojos estupefactos del hermano. Después le ofrece una estilográfica. Concluye:

—Y lo vamos a firmar ahora mismo.

Paul guarda un silencio ominoso. Al estupor sucede el esfuerzo mental por comprender. Luego la comprensión final y la cólera ciega del que se siente ultrajado de una manera despreciable. Paul olvida todo y hasta el lugar en donde está. Sólo la cólera que la infamia del hermano despierta en su pecho. Acerca su cara a la de Gastón y le suelta el insulto como una bofetada:

—¡Ladrón!

Con una mano trata de arrancarle el contrato para hacerlo pedazos, con la otra le descarga un puñetazo en mitad de la cara. Gastón le devuelve el golpe con otro en el esternón. Ahora luchan, forcejean los dos hermanos. Sus pechos jadean henchidos de una ira terrible.

A pesar de la aventajada estatura y de los músculos de hierro de Gastón, la ágil y elástica nervadura del marino hace saltar al rival como un muñeco.

Gastón es tirado al suelo y pateado sin misericordia. El documento de prórroga de la sociedad se hace pedazos en sus manos. Pero el *hougan* no se da por vencido. Sin levantarse y ocultando el brazo tras la espalda, se arma de la browning. Al mismo tiempo azuza contra Paul a la fiera que ha contemplado la escena toda erizada de salvaje furor.

Paul oye un rugido y al mismo tiempo siente un dolor de desgarramientos de su carne. El felino ha saltado sobre él, le clava los colmillos en el hombro y con las zarpas le desgarrá el pecho.

Gastón se incorpora y grita:

—¡Quieto, Roger, quieto! —y por encima de las fauces del animal dispara el balazo. Paul siente el golpe de la bala en mitad del pecho. El gato montés huye a su cubil. Paul retrocede dando traspies hasta apoyar las espaldas en la roca. Una palidez de muerte le invade la cara. En sus pupilas no hay odio, nada más que desprecio:

—¡A... se... si... no!

Paul rueda inconsciente sobre el suelo.

Su hermano le contempla unos segundos. Hay en su cara tallada en piedra oscura una expresión impasible y ausente. Luego se va a un rincón y se oculta tras de un paraván. Reaparece extrañamente vestido con una túnica oscura. Un turbante escarlata adornado de un penacho de plumas le ciñe la frente. Entre sus manos se

retuerce desesperadamente una sabandija... Luego toma un cuchillo y la decapita. En seguida echa la cabeza en uno de los candiles de grasa. A poco prende la llama de la mecha y sube un humo pestilente y nauseabundo.

Gastón de la Croix Bouquet, rico plantador haitiano es brujo. El cuerpo viscoso y helado de la sabandija lo ciñe apretadamente con unos cintajos a colores; luego le clava tres alfileres allí donde debe estar el corazón, y, así amarrada la extraña figura en forma de muñeca, la alza y la vuelve a bajar repetidas veces en un gesto de obla-ción, en tanto sus labios pronuncian un rezo de cábala misteriosa y embrujada. Entre esas frases se repite muchas veces el nombre de Ivonne... Al cabo abandona el símbolo a los pies del dios Ogoún Badagris.

Reaparece otra vez con su irreprochable traje de tró-pico de corte americano. Apaga todas las luces, y sin una mirada de despedida para el hermano, abandona el *houn-fort*, su escondrijo en la montaña para las escenas de mis-terio y brujería.

Entonces fué cuando Monsieur Gastón de la Croix Bouquet caminó en busca de su cuñada Ivonne.

El hougán cometió un descuido.

Gastón de la Croix Bouquet, miembro de la alta so-ciedad de la ciudad del Cabo y gerente de la importante firma social Croix Bouquet Frères, es *hougan*, alta dig-nidad sacerdotal en el culto Vaudou.

Ha herido de muerte a su propio hermano. Después ha embrujado una asquerosa sabandija para aprisionar la voluntad de su bella cuñada de la que está él perdidamente enamorado. Y lo ha conseguido. Sus viles artes le dan buen resultado. Por eso Ivonne le obedece ciegamente y dando por muerto a su marido a consecuencia de la infec-ción de las heridas que recibiera *casualmente* cazando un jaguar en la montaña —según informe de la investigación

judicial—, Ivonne se ha prometido en matrimonio a su cuñado para celebrarlo en fecha próxima: será en cuanto lo permita el duelo que debe llevar por su marido según las costumbres de la sociedad de Puerto Príncipe, ciudad a la que Gastón la ha llevado para dejar pasar los comentarios que toda esa secreta historia ha despertado en la sociedad de Cabo Haitiano.

*

La sala del elegante cabaret de Petionville se ha ido quedando desierta. Los desvencijados compases de un fox no consiguen animar las caras macilentas de los últimos trasnochadores.

Una madrugada harapienta y grisosa se insinúa al través de los altos ventanales que miran al mar. El doctor Dineauraux ha concluido su historia. Paladea con fruición su última copa de kummel.

Hace mucho rato que Ivonne y Gastón de la Croix Bouquet, acompañados de los oficiales americanos, abandonaron el salón. Al volverse, como al descuido, Ivonne se despidió con una sonrisa y una leve inclinación de cabeza de mi afortunado amigo Max Roldán.

Fué en ese instante cuando el sabio de ébano, frunciendo ligeramente los gruesos labios y mirando de hito en hito nuestras caras en las que la trasnochada y su alucinante relato han impreso de una mortecina palidez, nos dijo:

—La voluntad, sí. Pero el corazón de Ivonne no ha podido embrujar Monsieur de la Croix Bouquet. Ella no está enamorada de él. . . Y, francamente, no comprendo cómo a un *hougan* experimentado se le pudo olvidar. . .

Calla y se pone a mirar las siluetas medio en sombra de los músicos que, con los instrumentos bajo el brazo, desfilan hacia la neblina de la madrugada.

En el vacío de su silencio, el gesto dubitativo que marca su ancha boca, parece no importarle de nuestras mi-

radas ardientes como una quemadura sobre su cara más negra y más impenetrable que nunca...

Pero al cabo el sabio profesor se decide y concluye:

—Se le olvidó a monsieur Gastón embarrar la sabandija con la sangre de Paul a quien Ivonne amaba entrañablemente: ¡Entonces sí el hechizo habría sido completo!

Seguro es que Max Roldán siente como yo el hormigueo de un escalofrío. Es que hemos visto encenderse, de pronto, en las pupilas del Doctor Dineauraux, un brillo diabólico.

Sin una palabra más nos levantamos. Salimos. El fresco de la madrugada nos corta la sangre en las venas. Vamos con la mirada adentro de nosotros mismos. No tenemos ánimo para admirar el paisaje del mar y de la montaña. Y ya la claridad de la amanecida ensancha los horizontes. Ríos de oro se desbordan por las laderas...

Ha comenzado a arder el sol sobre las altas montañas de Haití.

III
EL EMBRUJO DE HAITI

III

Un hombre se ha perdido en Haití.

—¿En qué piensas?

—En nada...

—Mejor sería que nos fuéramos.

Entonces yo le miro. En mis pupilas debe haber una claridad de hielo porque veo cómo sus ojos se bajan al suelo. Luego se pone a azotar nerviosamente con una rama los agrestes yerbajos que crecen cerca. Sin dominar el desdén que aprieta mis palabras, le contesto después de un largo y abrumante silencio:

—Tú, puedes marcharte cuando quieras.

Chucho no me contesta. Ahora cuelga las manos largas y pálidas por encima de las rodillas. Su cuerpo se encorva sobre las piernas con una expresión de descon-suelo. Esto me reconcilia con él. Comprendo que soy injusto. Chucho es un buen muchacho, quizás más práctico que yo. Por lo menos él mira las cosas desde otro punto de vista. Nada más.

Luego él, con los ojos en los lampos de fuego que se van apagando en humaredas oscuras sobre los lomos tortuosos de las montañas, comienza a hablar. Su voz es grave con mis ojos son amargos.

Nuestro amigo Max Roldán ha desaparecido. Van para dos meses que una noche le vimos por última vez. Chucho lo recuerda como si fuera ayer. Da que pensar hondo y malo eso de que Max al vernos salir del Club Port-au-Princien y a nuestro amplio y amistoso saludo que le hiciéramos con la mano, en vez de contestarnos nos quedara mirando como a dos desconocidos. Tenía la mirada como ausente; como el que presa de una gran emoción, quizás de un gran terror, mira sin ver, y fuera de sí mismo no sabe lo que mira. Quizás fuese eso lo que le sucedía a nuestro amigo Max, porque junto con él iban dos haitianos a quienes nosotros no habíamos visto nunca, y juraría que esos hombres lo escoltaban. Eran altos de estatura poco común. Fornidos. Iban armados de sendos "cocomacaques". Pero más que todo eso era la expresión de rudeza brutal de sus caras y la luz de atisbo que nos largaron sus miradas. Desde esa alta noche —era ya por cerca de las doce— no lo volvimos a ver.

—Quizás debíamos haberlo seguido —agrega al rato como un remordimiento. Y su cuerpo se hace más encorvado todavía.

Nos envuelve un gran silencio. El silencio profundo de nuestras vidas ausentes en ese algo misterioso y tal vez terrible que pudimos haberlo evitado con sólo haber-nos puesto a caminar detrás de esos hombres oscuros y enigmáticos entre los que caminó hacia... ¡quién podría saber hacia dónde! nuestro amigo Max.

Ya sube la noche desde las honduras de los barrancos, se tiende sobre los cañaverales, puebla de sombras y de rumores el bosque de altos pinos. Sube la noche y hace pedazos las últimas claridades con las que el sol ensangrienta los fatigados lomos de la montaña.

El cielo es de un azul apacible y profundo. En nuestras pupilas abstraídas sobre el horizonte se ha encendido la lumbre de los primeros astros.

Hace más de una hora que estamos sentados sobre el tronco derribado de ese pino en el lindero de la montaña, esperando que mama Lombag nos trajera aquellos datos que, según ella, nos descifrarían el misterio de la desaparición de nuestro amigo Max. Nos dijo que a eso de las seis y media de la tarde la encontraríamos allí. Y ya pronto serán las ocho...

Sin querer, en un reflejo de su amargo pensar, Chucho ha fruncido las comisuras de la boca. Su gesto es incrédulo y despectivo. Quiere decir que es necedad tomar en serio a quien tuvo la habilidad de explotar nuestra credulidad para sacarnos el avance de veinte "gourds". Podríamos esperar una hora, un día o un año. A esa mujer no la volveríamos a ver. Comprendo.

Y ahora sin decirle una palabra, evitando cruzar mi mirada con la suya que delataría el mutuo y cobarde descorazonamiento, pienso con él: Inútil todo. Max está perdido y quizás sería mejor que nos fuéramos.

Pero no nos hemos movido. Así pasan los minutos. El silencio se hace cada vez más pesado. Las estrellas mismas se ahogan en un mar de sombras. Toda la negrura de la noche. Toda la sombría angustia de la selva se viene sobre nosotros, nos ciñe el cuello y estrangula lentamente nuestras esperanzas como si fuera una mano.

Es el alma misteriosa de Haití. Para comprender eso hay que entrar a la selva, conocer sus misterios, escuchar sus errantes vibraciones de luces y tambores. Para saber del alma embrujada de esas altas montañas hay que conocer hundido en sus simas profundas a un alegre y buen amigo, hermano de aventuras en los caminos de la vida.

Le veo a Chucho ponerse de pie y también yo me levanto. Callados, abrumados del silencio de la montaña y de nuestras emociones echamos a andar cerro abajo, hacia la ciudad donde titilan luces eléctricas; donde los gritos de los claxons y el susurro de las amenas conversacio-

nes entre el golpe de las fichas de juego en el Club Port-au-Princien, hacen buena, feliz y despreocupada la vida.

Mama Lombag.

En la mitad del trillo que hace equilibrios al borde del barranco se ha alzado una figura borrosa. Es mama Lombag, la mujer nativa que esta mañana nos prometiera los informes precisos para encontrar a Max a cambio de cuarenta gourds, una gallina negra y una botella de ron viejo.

Ha surgido de las sombras. Con esa instintiva malicia campesina amortiguó hasta el máximo nuestra impaciencia para rendir un resultado mejor a su ganancia. Estoy seguro que estaba allí desde hacía más de una hora.

—¡Sitá, blancs, sitá! . . . —nos dice en voz baja.

Nosotros hacemos lo que nos indica en su dialecto "patuá" casi ininteligible. Nos sentamos junto a ella en una piedra ancha que sobresale del trillo al borde del barranco. Le llevamos los cuarenta gourds, pero no el ron ni la gallina. Era demasiado trabajo. Además le daríamos el dinero bastante para que los comprara ella misma. Pero mama Lombag no acepta. Nosotros agotamos todas las razones pero ella no agota su frase incansable: "Non blancs". Conseguimos transar: le daremos por sus informes sesenta gourds ahora, y para mañana, sin falta alguna, la gallina y el ron.

Entonces se levanta y echa a andar delante de nosotros. Es una mujer vieja y flaca. Sus pies oscuros y desnudos chapotean ágiles el barro del sendero. Por ese ruido sabemos que camina. Llegamos a la carretera. Allí nos espera un taxi y dormido junto a la rueda un muchacho haitiano. Hay con él una pestilencia de aguardiente que agarra las narices. Mamá Lombag lo despierta a rudos manotazos:

—¡Charles, Charles!

Pero Charles no acaba nunca de despertarse ni acierta a prender el motor.

Por fin subimos todos y el taxi comienza a andar. No preguntamos a dónde. Es una carrera loca con ese muchacho soñoliento y todavía borracho a la rueda. Chuchito me dice que subimos hacia las montañas rocosas de Oriente. El las conoce porque, en otra vez, llegó por ese camino a Haití en uno de sus viajes de escapado político de su país.

Es una carrera absurda. Cada vez la carretera se hace más empinada y ese chauffeur más loco que borracho, dobla las curvas como si estuviese en Champ de Mars. Mamá Lombag no parece inquietarse por el peligro. Nos mira impasible con su ojillos negros de corte asiático.

El auto da un viraje en vuelta cerrada y se desbarranca. A lo menos parece así por lo violento de la bajada en la ladera pedregosa.

Ahora, Puerto Príncipe, con sus luces que titilan como estrellas y los enervantes aromas de tierra tropical y ardiente, queda muy abajo. Las moles de la montaña guardan la quietud insondable del alma de Haití.

El traqueteo violento desencuaderna el taxi. Preferimos ir a pie. Entonces nos bajamos todos y echamos a andar hondonada abajo.

Dos horas largas y llegamos a una cabaña perdida en un barranco. Un mastín nos recibe con sus ladridos violentos que nadie hace caso. Adentro y derribadas por los rincones pululan sombras oscuras. Son campesinos, hombres y mujeres, que duermen.

Al ruido y a la luz del candil que ha prendido mamá Lombag se alzan algunas cabezas. Nos escudriñan atentamente unos ojos de córneas blancas que relucen en la oscuridad de las caras. Luego vuelven a doblarse con gesto de total indiferencia. Solamente una mujer se ha incorporado a medias para acallar a un pe-

queñuelo que ha comenzado a gritar como un chivato. La mujer es joven y está desnuda de la cintura para arriba. Sobre los muslos se le arruga un trapo oscuro que es lo único que la cubre. Su torso de líneas firmes es una escultura en ébano. Nos mira atentamente, luego sonrío y el fulgor de sus dientes blancos iguales, ha puesto en su rostro una claridad de un ingenuo encanto. Hay en ella una gracia inocente de castidad primitiva. Pero de seguida despierta su sensibilidad de mujer y se esconde de prisa, como puede, tras de una sábana mugrienta y rotosa.

Todavía, al trasponer, yo el último, el umbral hacia un cuarto vecino la miro como al descuido y veo sus grandes y opulentas pupilas profundamente oscuras atisbándome de encima del embozo.

¡Yo creo! . . .

Ahora podemos respirar. El aire maloliente, cargado de miasmas de tanta gente que duerme amontonada entre esas paredes de techo bajo, se refresca en la habitación vecina. Altas claraboyas abiertas en los muros dejan entrar el aire de la montaña. Se escucha el susurro del viento en los arbolados. Nuestras pupilas van acostumbrándose a la semi claridad que irradian unas mechas prendidas en cáscaras de coco rellenas de grasa. Esas candilejas alumbran una serie de saquitos rellenos como muñecos y atados por el cuello con cintas de colores.

Mama Lombag trajina moviendo cajones, escogiendo huesos de tibias y fémures y raras figuritas simbólicas. Charles se ha sentado en el suelo y con aire aburrido comienza a rascarse el calcañar. Esto exaspera a Mama Lombag que le increpa con violencia. El blasfema por lo bajo, se busca una botellita de ron y bebe. Luego se enjuga con la mano callosa el sudor de la frente y el aguardiente de la boca, y se extiende más. Mama Lom-

bag furiosa grita a desgañitarse, pero Charles no contesta una palabra y cierra los ojos. Está cansado de la caminata y de la borrachera. Tiene ganas de dormir.

Charles debe ser hijo de Mama Lombag, y debe ser borracho y haragán, pero también tiene que ser un negro bueno. Hay una ingenua y humana transparencia en sus ojos jóvenes. Lo que sucede es que ahora está cansado.

La indiferencia de Charles hace crecer los insultos de mamá Lombag en un estrépito que se dijera no es una sino diez mujeres las que vociferan. Un poco más y creyera que la vieja va a matar a Charles. Y nosotros no sabemos cómo hacer para calmarla.

Entonces se entreabre la puerta y aparece en el umbral una cara risueña. Es esa misma muchacha que me siguió con la mirada. Luego camina despacio hacia mama Lombag. Es alta y soberbiamente esculturada la mujer. Lleva por todo vestido una falda amarillosa que sostenida en un solo hombro le cruza el pecho y le cubre hasta la mitad de los muslos.

El resplandor de la lumbre estampa claridades de bronce en el cuerpo de esa Venus haitiana trabajada en ébano vivo y ardoroso.

Se acerca y dice al oído de mama Lombag unas palabras que tienen la virtud de calmarla de inmediato. Ahora Charles puede tenderse a dormir tranquilamente la borrachera porque su hermana Marie es la que va a servir de auxiliar a Mama Lombag en sus trajines.

Nosotros no comprendemos nada. Tampoco tratamos de comprender. Todo es a nuestros ojos maravillosamente absurdo. La realidad grosera de las cosas adquiere un halo misterioso y fascinante. En los ojillos orientales de esa campesina vieja e ignorante se ha prendido un brillo místico. Y como un acto de fé, yo creo que hasta ellos ha bajado la sabiduría eterna con los poderes de la Vida, de la Locura y de la Muerte.

¡Esa bruja maldita! . . .

Mama Lombag y Marie se han puesto en cuclillas junto a la lumbre. Delante de ellas han tendido una alfombra raída y grasienta. Al centro de la alfombra han puesto en un brasero a hervir el agua de una pequeña cacerola. Mama Lombag va distribuyendo al rededor fémures y tibias de esqueletos humanos. Seguro que en su trabajo obedece a un plan porque los ordena y los rectifica. Mientras tanto, reza una oración como una letanía que corea Marie. En ese rezo suenan muchas veces los nombres de la Diosa Virgen: Mama Ezilée y de Agoué, el Dios del Mar.

El agua del cacharro hierve ya con un sordo rumor de burbujas que suben y estallan. Entonces Mamá Lombag se levanta y observa la dirección que toma el vapor al escaparse de la cacerola. Visiblemente es hacia occidente.

—Gonaive —dice Marie.

Mama Lombag asiente con la cabeza.

Después, ella misma, arroja en el cacharro unos polvos oscuros mezclados con unos yerbajos en flor. Todo lo revuelve con una astilla, y poniendo una parte de ese líquido en un vaso de cáscara de coco se lo da a beber a Marie. Ella prueba el licor ardiente. Debe ser amargo porque frunce la nariz y la boca en un gesto instintivo de repugnancia. Pero obedece y vacía el contenido en largos y apresurados tragos. Luego me mira y sonrío. Un estremecimiento misterioso y profundo ha flagelado mis pupilas.

Nos hemos sentado al vuelo de la lumbre que chisporrotea atizada de cuando en cuando por la mano de mama Lombag. Siento una vaga somnolencia, como si la cabeza me diera vueltas. Debe ser el calor, la humedad y el embrujo de los ojos de Marie. Ella ha comen-

zado a entonar una rara cadencia como un arrullo infantil. Su voz es casi una congoja reprimida en la garganta. Y sus ojos están siempre fijos en mí.

Mama Lombag ha tomado el cacharro con el resto del embrujado bebedizo y lo va aspergiando a los cuatro puntos cardinales. Es una imprecación a los dioses del *Vaudou*. Luego coloca la cacerola, vacía ya, sobre las tibias y fémures cruzados sobre la alfombra.

Marie ha entrado en un vago sopor. Debe ser los efectos de la droga. Hay un desmadejarse de músculos en todo su cuerpo. Las pupilas en blanco, lánguidas y entornadas. Tengo la terrible impresión de que alguien que no es ella me mira en sus pupilas desde una distancia infinita.

Mientras tanto mamá Lombag ha extraído de uno de los saquitos atados con cintas un espejito redondo y una lanceta. Arroja el espejo dentro de la cacerola y hiere con la aguja el brazo de Marie. Deja luego caer sobre el espejo tres gotas de sangre.

Con una voz aguda, hiriente como un chillido animal, me ordena que me acerque a mirar. Ella descifrá en voz alta lo que yo mire.

Ahora estamos muy juntos Marie y yo. Dejo que mamá Lombag me enlace las manos con las manos de Marie. Esas manos arden. Siento las pulsaciones poderosas como martillazos en los pulsos de Marie. Siento también el tibio calor de su cuerpo apretado contra el mío.

Yo miro al fondo del cacharro. Las tres gotas de sangre se han extendido sobre el espejo en un sola mancha. Lentamente va tomando forma y se aclara a mis ojos.

Parece una isla, mejor un islote fangoso que el mar embate con sus altas olas encrespadas. . . . No puedo precisar más.

Mamá Lombag me urge:

—Más . . . Mira más.

Me duelen los ojos y la sangre se agolpa a mis sienes en ardientes latigazos del esfuerzo que hago para mirar.

Y veo. . . ¿Pero es que realmente veo, o, sugestionado por las palabras de esta bruja maldita, se me han llenado las pupilas de visiones? . . .

Veo medio en sombras un cuarto de paredes sucias, agrietadas. Manchas rojizas como huellas de sangre las salpican por todas partes. Gastón de la Croix Bouquet está allí sentado sobre los calcañares junto a una parrilla. Sus manos largas y huesudas hacen girar lentamente un asador. Una llama siniestra arde en sus pupilas más sombrías que nunca. Gastón de la Croix Bouquet, el brujo, está asando el corazón de un niño. Veo cómo esa entraña humana se va tostando lentamente al fuego.

Es eso tan terrible que no puedo, no quiero ver más. Pero el áspero chillido de mama Lombag me impone, me domina y sigo mirando:

Distingo sombras confusas derribadas por los rincones. Allí está Max Roldán. Es él mismo y no es él. ¿Dónde está esa su impassible altivez desdeñosa en la hora del peligro o del dolor?

Sombras aran en surcos amargos sus ojeras. Está sucio de tierra y de la innoble expresión miserable de su cara macilenta. Más allá Ivonne, la bella mujer que yo admiré en el *lobby* del Orloff es un ser oscuro, desgredado y feo. Me parece ver tumefacciones en su cara y huellas sangrientas en sus brazos desnudos. También hay allí otro hombre . . .

Pero ya no quiero, no puedo ver más. Me arranco hacia atrás en un solo esfuerzo. Marie se desmorona sobre el suelo en un montón de carnes oscuras y flácidas. La lumbré quema sus últimos tizones. Se apaga en un mar de sombras que no son de este mundo.

Salgo dando traspies como un borracho. No quiero saber nada de nada. Regreso a Port-au-Prince como de vuelta de una absurda pesadilla.

También los dioses pelean.

El bote es pequeño. Somos cinco contando a Charles que va al timón y está siempre borracho. Más borracho que nunca en esta pálida y grisosa madrugada que destiñe el mar azul. El oleaje es movido y el bote da bandazos.

Hemos salido con el alba rumbo a la isla Gonaive. Los poderes de Agoué y Mamá Ezilée por intermedio de mama Lombag, van a librar un dramático encuentro con los terribles y sanguinarios poderes de Ogoun Badagris que protegen al "hougan" de Cabo Haitiano. También los dioses pelean.

Pero no es sólo en interés del dinero lo que impulsa a mamá Lombag al peligro y a la lucha. Es una suerte de entusiasmo deportivo. Sucede también que el rico plantador ha venido a instalarse en sus dominios de ella. Esto encona la lucha subterránea, pérfida, de implacables astucias.

Veo a Chucho pensativo con la mirada sobre las olas fugitivas. Está un poco pálido. Debe ser la mala noche. Toda la noche anduvimos en busca de unas pistolas, pues aunque los poderes de mama Lombag son muy grandes, nosotros resolvimos armar nuestras manos con los más convincentes y humanos de unos pequeños aceros calibre 28.

El muchacho haitiano que rema perezosamente hinchando a la luz de la madrugada las bolas de su biceps se ha puesto a tararear una cadencia de infinita melancolía. A poco le acompaña con sus voces mama Lombag y Marie. Su canto llena la inmensidad, apaga en el cielo los últimos luceros y cuaja en nuestros espíritus una aplastante tristeza. Para sustraerme en lo posible al sortilegio de esa desesperanza inaudita, me pongo a conversar con mi camarada en la aventura: ¿Qué le parece a Chucho todo eso?

El se encoge de hombros. Nada. Luego se incorpora un poco y me mira con decisión. Sus ojos garzos se aclaran con el alba que ya ensancha el horizonte. Habla y sus palabras suenan con dejo de trágica burla. Yo me acomodo mejor y le escucho. El dice:

—Joven: sea usted agente vendedor de implementos agrícolas. Maneje con soltura los catálogos a colores de una fábrica importadora cualquiera, por ejemplo "John Machines Company". Interese en esas adquisiciones a un plantador de caña y de café. Seduzca su atención con toda clase de gangas y gabelas. Por otro lado mire a la mujer con una amable seguridad en la conquista. Use también una dialéctica hábil. Entre una proposición y otra intercale relatos amenos de aventuras y paisajes distantes, y estará usted, joven, en la situación más propicia para convertirse en el vértice afortunado del triángulo del amor. Será extraordinariamente feliz... Sin embargo, un último consejo: Existen todavía lugares en la tierra en que eso es peligroso y fatal. Uno de ellos Haití. Esta pacífica y buena república negra que no se mete con nadie, pero a cuyas gentes defienden unos dioses misteriosos que vinieron a través de los siglos y desde un remoto continente espeso de junglas...

Chucho calla. Comprendo que en su justo reproche hay un rencor injusto. Sin dar importancia a sus palabras le contesto:

—Ivonne no es mujer de Gastón de la Croix Bouquet. Además tú sabes que él es "hougan" y sólo por viles artimañas consiguió apoderarse de la voluntad inerme e indefensa de Ivonne.

Calla él. Entonces yo anudo el recuerdo. Surge entre los dos la silueta un poco atrevida y romántica del gaucho argentino desafiando con una sonrisa las miradas de felino en guardia de ese haitiano brujo, ladrón y matador de su propio hermano. Volvemos en el recuerdo a Petionville y vemos los ojos luminosos de Ivonne;

la esbelta y armoniosa figura de esa mujer bailando con Max a los compases de un tango de las pampas.

Max Roldán encontró su romance. Nosotros perdimos al amigo. Lo perdimos después de un incidente. Parece que alguien le fué con el cuento al plantador o que él mismo les encontró una vez, a los dos solos, en la terraza de Petionville en confidencia sentimental. . . .

Después inútilmente rondamos en su busca. Exploramos hasta los suburbios apartados y tranquilos. En el día y en las noches. A esa hora en que más que trajinar es un deslizarse por los turbios y estrechos portales de una multitud en un susurro misterioso. Aguaitamos al paso los cuartuchos mal alumbrados por mecheros de aceite y de grasa.

A las diez de la noche, las casitas de frentes estrechas como que se apretujan más unas contra otras; como que quisieran convertir las calles modernamente asfaltadas en un trillo de montaña. Después de las diez las sombras pululantes se meten de prisa en los cobijos. Puerto Príncipe con sus doscientos mil habitantes duerme en paz. Los pequeños periódicos "Le Journal" y "Le Matín" traen siempre limpias sus páginas de crímenes, de robos, asaltos o asesinatos. Nunca la violencia en Puerto Príncipe. . . .

Sin embargo cuando la luna se alza sobre las montañas y aclara las techumbres con su luz de plata, el panorama de la ciudad con sus techos en punta adquiere una visión de embrujo varavilloso y sorprendente. Es entonces cuando por caminos invisibles vienen a Haití los tenebrosos dioses de Guinea. Vienen y libran sus batallas. Encuentros silenciosos y terribles. Por eso, sin que nadie los toque hay gentes que mueren, otras que se tornan en imbéciles o que se vuelven locas. Nadie sabe por qué ni cómo se les ha envenenado la sangre. Mujeres hechiza-

das para siempre. Hombres que se arrastran abyectos al poder incomprensible de mujeres feas y malas.

¡Haití, la isla sombría y embrujada!

*

Los ardientes labios de Marie.

Con el sol alto ya sobre el horizonte desembarcamos en Gonaive. Sobre el agua gris estancada tras los arrecifes vuelan pesadamente unas aves de plumaje gris y largos picos amarillos. Una loma baja y dilatada al occidente. Mama Lombag nos conduce hacia unos manglares que se extienden a nuestra derecha. A la sombra comemos unos trozos de tasajo y bebemos ron viejo. A Charles le obsequiamos una "paipa" para él solo. Me agrada verle contento.

Un poco más tarde Marie se despoja de su saya y cubriéndose el vientre con un sencillo taparrabo se tira a nadar a la playa.

Desde allí me incita a hacer lo mismo. Mamá Lombag asiente con la cabeza. Hasta el oscurecer no podremos emprender la caminata. Entonces improviso como puedo una trusa y me voy a nadar con Marie. Me sonríe su boca de dientes blancos. Me sonríen más sus ojos oscuros. En ellos veo arder una llama acariciante, mezcla de ternura y de deseo. Marie no conoce de refinamientos ni de sutiles complicaciones sentimentales. En plena naturaleza su alma primitiva florece con sus impulsos espontáneos. Cuando nos cansamos de nadar ella se va saltando por entre los arrecifes, me conduce al pie de un solitario flanboyant que nos cubre de los ardientes rayos del sol. Acabo por olvidarme de Max Roldán, de Gastón de la Croix Bouquet y de toda esa aventura de misterio y de embrujo que me ha llevado hasta allí. Tienen sabor a fruta en sazón; enervan el alma y los sentidos como un bebedizo los ardientes labios de Marie . . .

Me despierto con el sol tumbado ya sobre la colina. Pronto habrá oscurecido. El poniente es un tonel desfondado que derrama oleadas de fuego sobre los horizontes. No corre brisa. Arde el paisaje como una brasa.

Mientras tanto mamá Lombag, auxiliada por Charles, ha practicado sus brujerías rituales. Al final ha matado la gallina negra y la ha enterrado hondo. Su planta oscura y callosa como una suela, encima, ha pisoteado la tierra. Esto es lo que me cuenta Chucho.

Ya a la hora de partir, mamá Lombag nos entrega a Marie y a mí sendas patas de la gallina muerta y enterrada. Eso no me interesa porque llevo en el bolsillo una pistola cargada y que funciona bien. Sin embargo, ya comprobaré una vez más, que de nada sirve en estos casos la violencia inútil de las armas. Más eficaces son, lo mismo para matar que para evitar morir, los asquerosos amuletos de mamá Lombag.

*

Tras una larga y sufrida caminata hemos alcanzado el borde de una barranca. Allí nos agazapamos. El halo ardiente de la noche nos empapa de sudor. El cielo es un pozo negro volcado hacia arriba. El bosque cercano se ha vuelto sombra también. Siento tensos y exasperados mis nervios. Será, quizás, el magnetismo de la noche y la ansiedad de la espera. Me produce un malestar el brazo de Marie que suavemente pone encima de mi hombro. Pero no puedo soportar el cálido aliento de la mujer en mi mejilla y, brusco, me aparto de ella. Tengo la impresión de que unas pupilas me siguen.

No sé ni me importa nada. He venido hasta este barranco para llegar al final de esa aventura de hechicería y de misterio. Esto sólo es lo que me interesa.

Hace más de una hora que mamá Lombag ha partido a inspeccionar la cabaña del "hougan", y no vuelve. Charles ha partido después. Tampoco vuelve. Ahora

veo a Marie que se escurre a rastras por el barranco. Veo su saya blanca irse hundiendo en el pozo de la noche. Un asomo de desconfianza y de temor me hostiga los músculos. Digo a Chucho que me siga y me voy tras de Marie. Probablemente ella me siente pero no vuelve la cabeza. Quizás está ofendida. Bueno. Unos pasos más allá nos reunimos con Charles. Venía en busca nuestra y viene armado de un tambor.

De repente, un *bum bum* lejano ha roto el silencio. Charles escucha y contesta con un redoble precipitado. Calla el golpeteo cuando el otro ha hecho un silencio. Luego comienza una melodía entonada por un coro de voces. Suena unas veces a rezos, otras veces parece que esa gente blasfema por lo bajo. Ahora es Marie la que contesta con una cadencia amarga que desploma un horrendo desconsuelo en la noche negra. Y así, acompañados de ese misterioso diálogo de ritmos y cadencias caminamos en la noche. Por fin me doy cuenta: no caminamos solos; al rededor de nosotros camina una muchedumbre que puebla la noche de sonidos.

Tal vez ha pasado una hora. Quizás más. El tiempo no cuenta.

Embrujo y desembrujo.

Nos detenemos frente a un corralón cercado de bajas tapias de adobe. Detrás se alza el ancho resplandor de una fogata. Se oye crepitar la leña todavía verde y del árbol oscuro de la humareda se desprende un reguero de chispas.

Cumpliendo el extraño rito damos tres vueltas al rededor de los tapiales con las espaldas encorvadas. Y repentinamente me doy cuenta que me han abandonado todos. Seguro que se han metido en el corralón. Chucho no sé dónde se encuentra. Tampoco Charles. A mamá Lombag desde que partió de la barranca no la he vuelto a

ver. Por el fulgor de su sonrisa, de sus dientes blancos que brillan en la sombra descubro a Marie acurrucada contra el muro. Me toma de la mano y me conduce. Solos los dos nos metemos por el cauce seco de un arroyuelo bordeado de malezas espinosas que me lastiman las piernas. Caminando casi a rastras llegamos a un agujero abierto en uno de los muros de la cabaña a ras de tierra y disimulado por espesos matorrales. Desde allí, agazapados en la sombra, observamos el interior de la cabaña.

Es el cuarto de paredes gastadas y sucias, manchadas de humo que vi por el embrujado espejo en el chocín de Mama Lombag. De las roídas viguetas que sostienen la techumbre, cuelgan las cabezas de animales sacrificados: aves, toros y machos cabríos. También veo una calavera humana sujeta por las cuencas de los ojos. Pendiente de una gruesa cadena cuyo primer eslabón se incrusta en la viga central cuelga una grande caldera de bronce. Debajo de ella arde un vivo fuego.

Sentado sobre una piedra ancha y cubierta con el cuero de un chivo, está ese hombre alto de estatura y mirada maligna: Gastón de la Croix Bouquet. Departe tranquilamente con una mujer oscura que reposa en el suelo sentada sobre sus calcañares. En un momento que ella vuelve la cabeza le veo la cara: es mama Lombag.

Domino mis nervios y espero. Vivo una hora en la que todo es absurdo y fantástico, y, al mismo tiempo, en que todo sucede con una naturalidad y un realismo que desorienta, que desmorona de un solo golpe la deleznable estructura de la lógica y de lo que, hasta entonces, he creído de buen sentido y de realidad humana. No me sorprenderá ya nada. Hay poderes brujos como existen unos seres sencillos e ignorantes que los manejan con la misma confianza en sus resultados que un experto matemático los instrumentos de cálculo. Ellos señalan horizontes en la niebla de mundos del más allá como la brú-

jula que en las manos del capitán de navío señala el polo magnético. Un extraño sortilegio se adueña también de mi espíritu. Yo creo. El absurdo y la realidad, a mis ojos y a mi alma subyugada, han perdido sus contornos.

Un inmenso estrépito viene desde el patio. Sin transición hemos pasado del susurro misterioso a la algarabía que taladra los oídos. Sobre esa fronda de cantos, gritos y lamentaciones se alza el redoble de tambores. Entonces Gastón de la Croix Bouquet se levanta toma una vasija y la llena con el líquido que se calienta en la caldera. La vasija y un vaso de cáscara de coco los entrega a mama Lombag. Ella sale. Por el marco de la puerta abierta entra y se acuesta en cuadro un resplandor tan intenso como un incendio. A la lumbre de ese sangriento resplandor distingo mejor a esas sombras oscuras derribadas por los rincones.

Max Roldán idiotizado o loco. Ivonne desnuda bajo una sábana ensangrentada y sucia está ya preparada para —cuando llegue la hora— ingerir un brevaje enloquecedor y excitante . . .

Esta noche de Vaudou —me cuenta Marie—, Ivonne, correrá la misma suerte que Henriette, la mujer divorciada del "hougan". Como ella, Ivonne, en el desenfreno histérico de la terrible saturnal bailará desnuda bajo el látigo del sádico brujo que tiene podrida la sangre. Sus gritos se confundirán con los alaridos de la muchedumbre exaltada hasta el delirio. Su carne, que despellará el látigo del "hougan", dejará correr la sangre y será un excitante más . . . Ivonne —como en otra vez ya lo fuera Henriette— será brutalizada por los desatados instintos de esa multitud que vocifera ya en el corralón y al rededor de la fogata.

Hay también con ellos otro hombre. Ese es Paul de la Croix Bouquet hermano del "hougan" y dado por

muerto. Pero —dice Marie —un buen "hougan" no mata a sus víctimas. Los envilece e idiotiza utilizando su sangre para componer con ella nuevos brevajes. Eso fué lo que hizo con su hermano. Desenterró un cadáver cualquiera, lo vistió con las ropas de Paul y le hizo pasar por muerto. A él lo transportó en secreto a la isla Go-naive...

Terribles los destinos de esas gentes. Pero ya los dioses protectores de mama Lombag —Agoué y Mamá Ezilée— han venido con nosotros.

En el cuadro de resplandores ardientes que es el marco de la puerta se interpone la sombra de Gastón de la Croix Bouquet. Sale. Entonces Marie separa las malezas y se desliza adentro. Yo le sigo.

Mientras tanto ha vuelto mamá Lombag y comienza a preparar el bebedizo del desembrujo con la sangre de animales y polvos de raíces y rezos de misteriosas cábalas que todo lo pueden. De prisa, pero con absoluta seguridad en lo que hace, practica los extraños, los absurdos y diabólicos ritos. Yo veo cómo después que los embrujados, en la inconsciencia de su locura, beben el brevaje, mamá Lombag toma un vasito de cristal sucio hasta la intransparencia y aplicándolo sobre el vientre de cada uno, extrae de ellos sendas sabandijas que se mueven pesadamente como si estuviesen borrachas. Animales viscosos y repugnantes que Marie se apresura a aplastar entre dos piedras.

Yo veo entonces, cómo los ojos de Ivonne, de Max y de Paul se van despojando de sombras como si salieran de un pesado sueño de borrachera. Comienza a brillar en sus pupilas una luz pálida como el alba sobre la bruma de los horizontes...

Pero no hay tiempo que perder. Todavía en la semi-inconsciencia de sus almas dormidas, ellos se dejan em-

pujar pasivamente afuera por el agujero y salen. Chuchó y Charles los esperan tras los tapiales para conducirlos a la playa y de allí a Puerto Príncipe. Después que ellos han salido mamá Lombag amarra dos palos en cruz y los pone al borde del agujero disimulado por una ancha piedra que ella misma coloca allí. Ahora no hay poder humano que pueda pasar. Tampoco los protegidos por los poderes adversarios. Yo me he quedado allí porque me retiene la mano de Marie. Pero no es la fuerza de su mano a la que obedezco. Es el misterio de sus ojos suaves lo que me ata a su voluntad. Es su sonrisa la que llena mi alma de una laxitud profunda y acogedora, que enerva los resortes de mi voluntad. Me siento bien. No protesto y cumplo exactamente sus indicaciones. Igual que Marie me santiguo tres veces con la pata de la gallina negra y llevándola en la mano como un escudo nos escurrimos fuera.

Ya mamá Lombag se ha ido a presidir los ritos de la saturnal.

Apenas Marie y yo hemos traspuesto el umbral, cuando veo destacarse en la ardiente claridad de las llamas que el viento abate contra los muros en resplandores de incendio, la alta y sombría figura del "hougan" de Cabo Haitiano. Viene hacia la cabaña y es seguro que en busca de Ivonne. Ella ya no está ahí, pero nos va a descubrir a Marie y a mí. A mí a quien él conoce y sabe que ando en su busca. Sin darme cuenta he cerrado mi puño como una tenaza en el brazo de Marie. Ella se vuelve y me indica con una sola mirada el amuleto asqueroso que llevo en la mano. Y por ese poder y las invocaciones a los dioses, Gastón de la Croix Bouquet pasa sin una mirada para nosotros. He sentido en la cara el aire que ha movido su capa ritual agitada por la violencia altanera de su paso.

Aullará como un perro.

Gastón de la Croix Bouquet entra. No, no fué la mano de un ser de este mundo, fué la mano inmensa, la garra oscura y poderosa del huracán que agarró la puerta de gruesas y altas maderas y la encajó de un solo golpe tras de él. Las viguetas que hacen el marco muerden esa puerta con una fuerza que ya nadie podrá separar.

El "hougan" con todos sus poderes ha sido vencido y apresado en su propio cubil. Más tarde y sobre el estrépito de la fiesta negra se filtrarán en la noche los aullidos escapados de su garganta como la de un perro encadenado.

A mama Lombag, a Marie y a mí —a mí también que sin saber nada de eso me sentiré pronto y por una fuerza invencible, identificado con ellos— nos producirá esos aullidos una alegría siniestra. Será un gozo maldito que retozará en mi alma con el sabor del triunfo y de la venganza cumplidos...

Mañana yo habré ya regresado a Puerto Príncipe. Será el doctor Dineauraux o algún otro caballero haitiano el que me dará la noticia todo compungido: "Monsieur Gastón de la Croix Bouquet, rico y poderoso plantador de la ciudad del Cabo, ha muerto en sus posesiones de Gonaive victima de un síncope cardíaco".

Sabré yo, entonces, nada más que lo que sabe todo el mundo, quiero decir, la culta y elegante sociedad de color de Puerto Príncipe.

Mientras tanto...

En esta noche de saturnal negra y febricitante me comportaré de la manera que quiere me comporte mi amiga Marie. Beberé con frecuencia de ese licor ardiente que sabe a ron y a algo más que no acierto a precisar. Me embriagaré con los ritmos y la ardiente sensualidad de la

orgía hasta que la fiesta negra llegue a su más alto paroxismo y las histéricas bacantes negras, como destroncados los cuellos, bailen su más loca danza. Entonces verá a Marie danzar su danza sin velos, su lúbrica y ardiente danza de reina negra, y yo arrancaré un tambor de las manos de un haitiano y seguiré con él el ritmo frenético, de bárbara y maravillosa belleza de su danza...

¿Estaré embrujado también yo?

Días después, los tres amigos —Max Roldán, Chucho y yo— navegamos por alta mar. El no lo confiesa, pero yo sé que el gaucho argentino recuerda tenazmente a Ivonne. La recuerda como se recuerda un romance que no pudo ser... Ella y su marido Paul de la Croix Bouquet reanudaron su luna de miel y se fueron para la Martinica.

Chucho, el dominicano, entretiene el tiempo forjando proyectos de invasión contra su Gobierno. En Kingston —dice— encontrará hombres y dinero para la empresa. Con su política de oposición el hombre está un poco chiflado.

¿Yo...?

Parecerá un poco raro, pero la verdad es que yo no quise partir. A exigencias de Chucho y de Max, de mala gana, visé mi pasaporte. Por fin a la hora última dije que no. Que no me iba de Haití. Ya venían los tiempos de la nueva zafra y las oficinas de la Warf probablemente no tardarían en abrirse.

Mis amigos, entonces, me llevaron hasta el barco con engaño y a la fuerza me tuvieron encerrado en un camarote hasta que en el horizonte se perdieron los bellos, profundamente atractivos y bellos paisajes de esa tierra.

Todos me dicen que estoy embrujado. Yo me río. ¿Embrujado?... Tal vez. Puede ser.

La verdad es que a través de los tiempos que han pasado y de las largas distancias que, desde entonces, han rodado bajo mi planta, todavía me persigue como una obsesión el embrujo de las grandes y oscuras pupilas de Marie.

F I N

de. "El Embrujo de Haití"

**EL FRAILE QUE CABALGÓ
EN LA MUERTE**

(Leyenda Quiteña)

EL FRAILE QUE CABALGO EN LA MUERTE

(Leyenda Quiteña)

Laderas del Pichincha.

—Por acá . . . Por acáaaa. ¡Cuidado!

Tersa y resbaladiza como la palma de una mano la pendiente arenosa del cerro. Los granitos de arena desplazados por mi pie rodaban vertiginosamente al abismo. Sin saber cómo me había metido en el derrumbo y ya no podía avanzar ni un solo paso más. La pendiente se cortaba a plomo un metro más allá. Cerré los ojos para no ver el abismo.

—¿Por dónde? —grité con la voz ronca de angustia.

—Por acá, ¡ca . . . nario! —me indicó con coraje señalándome con la mano hacia la izquierda. Avancé trabajosamente con la arena hasta los tobillos. Allí se estrechaba la garganta del precipicio y una roca puntiaguda sobresalía su mole desafiante.

Abajo era ya de noche. Las grises moles del Pichincha se teñían lentamente de negro.

—¡Salta pronto! . . .

Yo me senté al borde. Tenía la boca amarga y los ojos aclarados de miedo. De un miedo horrible. Saltar un metro y medio para un muchacho de dieciséis años hubiera sido un juego si no fueran las siete de la noche y sobre un precipicio de doscientos.

—Salta, Pablo, que nos vamos a perder en la noche, —me insinuaba Ricardo Ramírez, mi compañero de excursión, con una tranquilidad reconcentrada que reprimía su cólera. —Es un paso.

La sierra tiene una tristeza y una amenaza infinita en las noches. Todo mi ímpetu de muchacho lector de novelas de aventuras se desplomó en una oleada de arrepentimiento: ¿Para qué habría salido esa mañana con los excursionistas a escalar el Pichincha por el lado de la Chorrera? . . . Y si salí, ¿por qué me separé de los demás compañeros solo con Ramírez. . . hecho el valiente? me insulté por lo bajo con ganas de gritar.

Saltar era exponerse a morir. No saltar era . . . el silencio, la noche negra, la soledad abrumadora, el peligro desconocido. Era el pavor de la montaña.

—¡Vas a saltar o no, cobarde!

—Estoy cansado. No puedo. Si tienes miedo ándate. . . déjame solo —le contesté en un último reto de orgullo. Pero me temblaba la voz.

Ricardo, al otro lado, me insultaba.

Dos veces que quise intentarlo no pude. El viento furioso me detenía como una mano. Además la noche era negra y ya no distinguía el borde del otro lado.

Una aventura para aventureros.

Ricardo Ramírez, con dos años más que yo, era mi camarada de aventuras soñadas sobre los folletines de novelas o en alguna travesía nocharniga de barrio extramuro.

Unas veces nos sentíamos descubridores y aventureros; otras piratas, detectives, marineros. . .

Ricardo Ramírez, sentado al frente fumaba mordiendo una ira terrible. Pero no se fué. Un poco por no querer dejarme abandonado y otro tanto por miedo de irse solo.

Cerrada la noche, el viento ululaba en la garganta del precipicio como una perra encadenada.

—Pablo, ¿oyes? Campanas.

—Sí. Están doblando.

—¡A muerto!

—¡A muerto! . . .

Cada vez más alto, más claro, dominando el furor del viento rodó en el aire la vibración de una campana. Parecía venir de muy lejos. Como que el viento la empujaba y se desparramaba en las sombras. Pero las campanadas dominaron al fin: sombrías, lentas, poderosas tocaban a muerto . . .

El viento como una perra asustada comenzó a aullar desde lo hondo de la sima.

Ricardo y yo nos habíamos puesto de pie. Erguidos, tirantes los nervios. Los ojos de Ricardo tenían un brillo tan extraño que daban miedo.

—Pablo —me grita—, ¡yo no veo sino tus ojos!

—¡Y yo los tuyos . . . ¡Me das miedo!

—Ricardo, ¿escuchas?

—Sí . . . Parece el galope de un caballo.

—¡Un caballo por aquí! No puede ser.

—Pero es un galope.

Inconfundiblemente con ningún otro ruido para nuestros oídos, se acercaba por esas laderas del Pichincha la carrera desenfrenada de una bestia. Violenta. Desesperada. Daba la sensación de correr espantada de la muerte. Y las campanas pavorosas acrecentaban las vibraciones embrujadas.

Ricardo gritó señalando a mis espaldas. Yo vi sus ojos iluminarse de un color violado y le vi los dientes blancos.

—¡Pablo, mira!

Volví la cabeza: Un enorme caballo negro corría por el aire llevando un jinete tendido sobre el lomo.

El espanto silenció mi garganta y aulló en mis ojos. No grité, pero, eléctrico, casi sin tomar impulso me lancé al otro lado. Caí a los pies de Ricardo. Me sujetó para

que no rodara. Y corrimos cerro abajo, sin ver dónde pisábamos, dando tumbos, rodando por las quebradas y levantándonos con una energía espantosa para seguir la carrera sin saber a dónde.

Algo como la sombra de una bestia pasó resoplando junto a nosotros caídos de bruces en una quebrada...

La madrugada nos sorprendió en las alturas del cerri- to de San Juan, acostados sobre montones de paja en el solar de una choza indígena.

¿Qué fué aquello?... Una alucinación seguramen- te. El miedo, la noche, una roca que el huracán arrojó desde las cumbres y los nervios despavoridos hicieron lo demás.

Pero para Ricardo Ramírez y para mí, fué esta la épica hazaña de nuestros años adolescentes sedientos de aventuras.

Se necesita la leyenda.

—¿Qué sería...? —insistió Ricardo por tercera vez. El viejo dueño de la choza volvió la cara y nos miró a los ojos. Dijo luego con acento tranquilo, casi indife- rente:

—Seguro, el caballo que jinetea el Padre Almeida. En las noches oscuras de temporal baja por el cerro.

—¿Siempre?

—No. Más bien cuando va a suceder algo grave en la ciudad. La víspera del día que les mataron a los Alfa- ros, allá por el 911, yo mismito le vi.

—¿De veras!

—Casi me muero. Me cogieron echando espuma por la boca.

El viejo sopló el rescoldo. La llama se avivó ilumi- nando de ocre su cara enjuta aborascada de barbas blan- cuzcas. Las arrugas rectas y hondas le daban una expre-

sión de gravedad y de firmeza. Era la cara del viejo como tallada en piedra.

Sentados al rededor de la fogata esperábamos que se cociesen las papas para desayunarnos en compañía del anfitrión, los dos excursionistas extra-aventureros.

*

Tibia y soleada mañana de enero. Olía a rosas el campo. Desde la altura de la choza se dominaba la vieja y colonial ciudad de San Francisco de Quito.

El cielo era una campana de cristal. El sol en el horizonte, una araña de oro. Un bosque de eucaliptos rectos y agudos como lanzas, escalaba una ladera del Pichincha.

—Ya no me recuerdo bien —trato de evadirse el hombre.

Pero nosotros insistimos en que nos contara la leyenda del Padre Almeida, el fraile que jineteó a la Muerte.

Y el viejo, mientras mondábamos el desayuno con los dedos, nos fué contando la leyenda donjuanesca de ese fraile arrogante como un aventurero, que cantaba como un ángel y se hacía amar de las mujeres como un demonio. Y su última aventura trágica y espeluznante, muy de la época mística y romántica de las procesiones solemnes, las monjas pecadoras y bonitas y los frailes galantes, soldados y bohemios.

Acuarela.

A las diez de la noche, Quito, en ese entonces, pespuntaba ya sus serenatas. Los vecinos quitaban el alumbrado. Se quemaba en llamitas agónicas el pabito de algún farol. Y por las callejas oscuras y empinadas rondaba la aventura: una guitarra, aguardiente y el puñal para la bronca.

El Padre Almeida de la Orden de Predicadores de San Francisco era fraile, pero tenía cínico y audaz el corazón.

Se decía que era segundón de una familia noble de heráldicos blasones y de azañosos abolengos; que allá en su tierra de España, en un lance de hombres por cuestión de una mujer, su espada se hundió hasta el puño en el pecho de un hijodalgo de Castilla valido de los Reyes. . . Se decía que en la fuga se acogió al amparo de un convento y luego, vistiendo el sayal de San Francisco, se embarcó para la América.

Renunció al mundo, al demonio y a la carne, pero ni el mundo ni el demonio ni la carne renunciaron a él.

Bajo la burda tela del sayal estaba el alma del aventurero español de aquellos tiempos, bravo hasta la temeridad. La jarana, el licor y las mujeres eran sus tres pecados capitales.

El Padre Almeida tenía también una virtud: cantaba como un ángel. . . en los *Te Deums* y en las serenatas.

Casi todas las noches, si no todas, se ranclaba del claustro por un tragaluz que caía encima del altar mayor. El Padre Almeida se descolgaba por los propios brazos del Santo Cristo y en las madrugadas, antes de que tocara a maitines la campana del convento, volvía a su celda haciendo escala de los mismos brazos de "Nuestro Señor".

Así pasaron los días, los meses, tal vez algunos años.

Agua fuerte.

Como de costumbre, una clara noche del mes de julio la sombra del Padre Almeida se proyectó en la alta claraboya de la iglesia.

Esa noche, con más razón que cualquier otra, no podía faltar a la *tuna* porque se festejaba el santo de la Clorinda. Las malas lenguas decían, que era la amante más querida del Padre Almeida. Pero si no era la más querida. . . la verdad era que la quería bastante.

Escuchó un momento. Nada. Nadie. La amarilla lucecita de la lámpara del Santísimo se ahogaba en el mar de negruras de la noche y del silencio. Se apoyó en un travesaño, sostuvo a pulso el peso de su cuerpo y afirmó su planta en el hombro de Cristo...

Pero, ¿estaban las naves del templo más negras y medrosas que otras noches? ¿Qué escalofrío de espantos ha puesto nerviosos y como alocados los latidos del gran reloj del fondo?: *Tic-tac tic-tac tic-tac tic-tac* se agita como desorientado el péndulo... ¿Quién ha soplado la lámpara del Santísimo? ¿Por qué se arremolinan las sombras y se mueven como espectros?

Sólo el pulso y el corazón del fraile no han alterado su ritmo.

Sonrió de su propio miedo y siguió bajándose. Hubo un momento en que la cara de Cristo quedó frente a la del Padre Almeida.

No puede ser. Pero sí, la cara exangüe del Crucificado se anima. Le miran a los ojos los ojos trágicos iluminados de eternidad. Y el fraile y el Cristo se miran unos segundos infinitos.

—¿Hasta cuándo, Padre Almeida?, —dice una voz como un soplo en sus oídos, pero que parece venir lejana desde una distancia incalculable.

El fraile palidece en la oscuridad. Está a punto de caer. El Cristo le sigue mirando con sus ojos acardenanados y tristes. El fraile piensa en la altura: más de cinco metros. Hace un esfuerzo para dominar sus nervios exaltados y a la pregunta mansa pero apremiante que vuelve a insistir:

—¿Hasta cuándo, Padré Almeida?, —le responde en una concesión de tregua a la vez cínica y humilde:

—¿Hasta la vuelta, Señor!

Un soplo misterioso agita en una llamarada cárdena la lámpara del Santísimo. Tal vez el aleteo de una le-

chuzo azota un ventanal, pero el Padre no retrocede, desciende, atraviesa la nave un poco pálido en la sombra, pero imperturbable, cínico y audaz el corazón.

Sale a la calle por la puerta falsa del templo.

“Tuna” serrana.

Cerca de la Chorrera, en una casita levantada en las primeras estribaciones del Pichincha brillan luces de jolgorio, suenan músicas de parranda.

Se festejaba bien la Clorinda. La gente decía que todo era con la plata del fraile. Pero, más que toda la plata valían sus ojos negros y profundos y el encanto tan quiteño de su carita trigueña. El talle esbelto y cimbreante, a más de uno se le fueron los ojos viéndole el nacimiento de la pierna en las vueltas de un *San Juan* y tembló de pasión al sentir la presión de sus senos en las vueltas de un *agarrado*.

A la Clorinda le gustaba la jarana. Y era de verla cuando comenzaba la *chuma*. Los ojos más brillantes y más bonitos, y en la voluptuosidad de la boca pequeña y roja, toda la sal y la gracia quiteñas.

Le gustaba la jarana, pero ningún mozo podía decir ni alabarse de una mirada con un más o con un menos de ella. Fiel y querendona, le tenía ley al Padre Almeida.

Es por esto que, a la misma hora, la Clorinda y su amiga íntima la comadre Dolores aguaitaban el horizonte desde una ventana que da al camino. La noche sin luna está clara de estrellas. De la pieza vecina viene amortiguado y tristón el ruido de la farra.

—¿Vendrá? . . .

—Imposible que falte a su santo el Padre Almeida. Un reloj da las horas.

—Ya dan las diez. ¡Verá comadre Dolores que no

viene! . . . No sé por qué me parece que él ya no me quiere.

—Calle, comadre Clorinda. No haga malos juicios.

—Sí. ¡Le digo que ya no me quiere!

—¿Por qué dice eso, comadre?

—Me dicen que está enamorado perdidamente de una . . . ¡yo que sé de quién! . . . —y con angustia que pide compasión termina: —¡Averígueme, comadre!

—No ha de ser cierto . . . Pero, descuide, si hay algo de verdad, mi palabra que lo averiguo.

Y en la oscuridad ríen, ríen alegres los ojos de la comadre Dolores con una alegría tan viva que se le ha puesto la cara un poquito encendida. Y la otra, sin saber por qué, se ha puesto más triste.

*

La puerta se ha abierto casi violentamente. Entra un golpe de luz y en el cuadro la arrogante figura del Padre Almeida. Alto. Muy rubio. La boca breve, casi femenina se distiende en un gesto risueño y confiado. Los ojos de un verde-acero miran de frente, serenos, imperiosos, con la seguridad absoluta de su poder. El hábito le cuelga de los hombros como el capote de un General.

Las dos mujeres quedan calladas un momento, cohibidas de sorpresa. El Padre Almeida las deslumbra con la irradiación de su figura. Reacciona la Clorinda y secándose apresuradamente un brillo de lágrimas, se acerca al fraile con júbilo contenido y se arrodilla. Al lado, cauta y observadora se arrodilla también la comadre Dolores. El Padre las bendice. Y en un momento, mientras su amante Clorinda baja la cabeza para besarle la mano, el fraile se recrea en los ojos picarescos de la Dolores que le ofrecen la promesa fresca y jugosa de su boca dulce, entreabierta y la irritante voluptuosidad de sus dientecillos blancos y finos.

Entonces el Padre Almeida la acaricia la mejilla con venerable autoridad. Por sus ojos quietos pasa un ful-

gor de tentación. Piensa: "La Clorinda tiene, cuando menos, treinta años, y la Dolores está recién casada y apenas tendrá los veinte, y no es menos bonita que la Clorinda..."

Al medio de las dos mujeres entra a la sala.

—¡El Padre Almeida!

—¡Que viva el Padre Almeida!

—¡Viva la señora Clorinda!

—¡Viva!

Repican las copas. Como un haz de luces de bengala revienta en el aire la ebria ilusión de las pupilas.

Y entre los gritos y los vivas, un cantor cambia de pronto el rasgar de la guitarra y dominando con voz lenta el vocinglerío del tumulto, canta:

*"Ya vinieron a bailar
la Rosa con el Clavel,
la Rosa regando flores
y el Clavel a recoger..."*

Se enrosca y muerde como una serpiente de mil cabezas el ansia de vivir.

Se hace una rueda. Dejan campo para la única pareja: la santa y el Padre Almeida. El Padre Almeida se ha arrollado el hábito, calza unas altas botas de montar. Y la Clorinda bailando con él está... o se cree inaguantablemente feliz.

Al vibrar de las guitarras acompañan palmas, ¡bravos! y ¡vivas! con un ansia de vértigo.

Las mil arañas de luces endulzan su veneno en las copas de vino.

Las mujeres malician.

Ya está avanzada la noche.

Unas mujeres cuchichean aparte. Tijeretean. Seguramente que algo malician. Dice una:

—Está qué guapo el Padre Almeida!

La otra:

—Y qué alegre!

—¡Claro! es el santo de la Clorinda. El Padre da la vida por ella...

Una pausa que llena la mirada cargada de malicia de la otra. Luego dice, despacio, como si rumiara las palabras:

—Pero no será tal vez... ¿porque ahora está bailando con la Dolores? Véales tan juntitos. Ya mismo se besan.

—¡Calle, por Dios!

—¿Por qué?

—Está aquí al lado y nos está viendo el Pachó Pérez.

—¿Quién?

—El Pachó Pérez, marido de la Dolores... Y más, están recién casados.

—¡No diga!

Y las dos ríen maliciosas por lo bajo.

"Mi garganta no es de palo...", se queja de su sed de borracho el cantor. Y de repente calla la música. Rueda la botella.

—¿Qué toma, señora Dolores?

—Yo, una mistelita.

—¿Y su reverencia?

—Un fuerte.

—¡Salud!... Por la alegría, por los amigos, por la santa... ¡Que viva la santa!

Repica la alegría en las pupilas como en campanas de cristal.

Cómo le provoca al fraile la insinuante picardía de los ojos y la boca encendida de la Dolores.

En tanto las mujeres desde el rincón siguen sus comentarios:

—De veras que está buen mozo y que está alegre el Padre Almeida. Nunca le he visto así.

—!Como si se fuera a morir!

Las dos se ríen del mal chiste, pero luego se ponen serias.

—Calle. No hay que mentar al diablo.

También el marido.

Va más de la media noche. Por lo menos la una de la madrugada.

La Dolores busca las oportunidades, y en cuanto ve que está bailando su amiga y comadre la Clorinda sale al corredor, y en los rincones oscuros cambia unas palabras y unos besos con el Padre Almeida.

Ahora están en el extremo de un largo corredor. Corre un viento muy frío que ellos no sienten. Es que son ya, largo, las primeras horas de la madrugada. Han bailado y han bebido bastante. Tal vez demasiado. Les quema el calor del aguardiente y el ardor de ese amor... que les arde en los ojos y les restalla en los besos apretados de sus bocas.

El Padre Almeida la levanta en un ímpetu y le aprieta los labios con sus labios. Ella le rodea el cuello con sus brazos blancos y mórbidos.

—¡Cuidado! —dice ella, rehaciéndose.

—No. Están bailando.

Pero la mujer más cauta que él, se le desprende repentinamente de los brazos y huye. Ha sentido llegar por el otro extremo del corredor los pasos de alguien. El Padre Almeida enciende tranquilamente su pipa y espera.

Es el marido de la Dolores que, acaso, recela ya algo y les aguaita.

—¿Qué haces, Pacho?

—Fumando, Padrecito... Y su reverencia también fuma, ¿no?

La voz del marido de la Dolores suena irónica, acentante.

—¿Nos vamos para adentro, Pacho?

En la luz se miran a los ojos. Agudos como puñales los del Pacho Pérez. Tranquilos, impenetrables los del fraile.

Celos.

Si Pérez está receloso de la mujer, la Clorinda está que *vuela* de celos y de ira por su fraile.

Ya la borrachera de la Dolores había roto los límites. Ya todo el mundo se daba cuenta que le estaba quitando el amante a la Clorinda. El Padre Almeida y la Dolores eran inseparables en toda la noche. Bailando ella se le entregaba en los brazos.

También pesaban fatales, imperiosos y cínicos los ojos del fraile. Parecía no importarle la Clorinda ni nadie. Sólo su nueva conquista.

Al Padre Almeida le temían los hombres y él estaba acostumbrado a domar a las mujeres.

Seguía alegre la *tuna* y empapada en alcohol la desgarrada alegría de las guitarras.

También reía la Clorinda con una risa insultante y trágica.

—No les haga caso, señora Clorindita, —la aconsejaban humillándola con su compasión las amigas. Y la Clorinda contestaba con el sarcasmo de su risa como un rugido en el que temblaban lágrimas.

El Pacho Pérez acechaba por los rincones con el veneno de sus ojos.

Sigue avanzando la madrugada al compás de las guitarras.

Y de pronto alguien se ha dado cuenta que el Padre Almeida y la Dolores, hace rato, han desaparecido de la sala de la fiesta. En su búsqueda por los corredores se encuentran el Pacho Pérez y la Clorinda.

—¡Compadre Pacho!

—¡Comad্রে Clorinda! ¿Qué hace usted por aquí?

—Buscaba a mi comadre Dolores. ¿No la ha visto?

—No.

Ríe la Clarinda desnudando su garra de gata con una saña implacable. Agrega:

—Dígame compadre Pacho, ¿y no le ha visto al Padre Almeida? El y mi comadre Dolores están siempre juntitos.

Se ríe más la comadre Clorinda.

Al marido de la Dolores le crece la ira y la vergüenza. Quisiera tener valor para irse de frente contra los ojos desdofiosos y tranquilos del fraile que le robaba la mujer.

Un borracho sigue apuñaleando la noche oscura con el llorar de su guitarra.

Y sigue alegre la *tuna*.

Mientras tanto...

—¿Sólo a mí?

—Sí. Sólo a vos. Desde esta noche, para mí se acabó la Clorinda, ¡te juro!

Ella le besa. El beso rubrica como con fuego el juramento.

—Nos veremos, ¿cuándo? ... Dime, —insiste él.

La Dolores no contesta. Espía la noche. Han bajado a la huerta con pretexto... No, sin ningún pretexto. Sólo su ansia no reprimida de encontrarse a solas. La sombra de los árboles que les envuelve es una protección pero es también un peligro. Pueden acecharles.

—Vámonos. ¡Me da no sé qué! —dice ella.

—No. Espérate. ¿Oyes la guitarra? Están bailando.

—Tengo miedo.

—¿De quién? A mi lado estás segura.

La Dolores quiere irse, pero el fraile la retiene apriionándola con los brazos.

Pero, tal vez, habría sido mejor que se hubieran ido porque la Clorinda los ha visto al trasluz de la fronda en la noche estrellada y viene donde están. Da un rodeo bajo la ancha sombra del alero. Se escurre entre lo espeso de los matorrales. Agachada se desliza por el cauce de un arroyuelo seco. Sus pisadas no hacen más ruido que el crujido del viento en las hojas. Fría la madrugada, pero los ojos y las manos le quemán como un incendio. Tanto cariño y tanta devoción al Padre Almeida para que, ahora, en su presencia, le insultara así descaradamente, enamorándole a la otra... Y la comadre Dolores, ¡tan amiga!... Ella, sólo ella es la que tiene la culpa. "Ella, sólo ella es la que me va a pagar", dice sin voz la Clorinda. Unos pasos más y ya está delante de ellos.

Pero cuando se yergue delante de los dos que no se mueven bajo la impresión de la sorpresa, es la misma Clorinda quien lanza un grito.

Al mismo tiempo que ella ha llegado por el lado opuesto el marido de la comadre Dolores, y ella le ha visto, ella lo ve tomar impulso con el brazo en alto y en el puño el brillo ancho de una daga. La puñalada por la espalda contra el fraile.

¡Y eso no! Ya no hay en ese corazón otra cosa que el amor y el valor de la hembra que defiende a su hombre. Un segundo le hace vacilar con su grito, y después con la violencia de su empuje hace que el Pacho Pérez dé con su impulso en el vacío, pierda el equilibrio y caiga con la navaja abierta entre las manos.

—¡Maldita sea...!

La blasfemia del hombre rompe el silencio trágico.

¿Son fantasmas o son gentes?

Al mismo tiempo se alza en la lejanía, clara, distinta, la campana mayor de la iglesia de San Francisco que comienza a doblar a muerto.

Del alto e invisible campanario se desgajan —como del árbol de la Muerte plantado en la Eternidad— sonaridades embrujadas.

¿Cómo es posible que hasta allá llegue tan claro, ese tañido lento, ese responso de difuntos que ha cortado la sangre en las venas?

Se siente pasar en el aire el soplo de la muerte. Las pupilas están buídas de extraños espantos.

Unos a otros se miran como espectros... ¿Son de este mundo o del otro? ¿Son fantasmas o son gentes?... Pero, ¿por qué ese puñal caído se ha clavado en la tierra como en la carne de un hombre?

Todos están sobrecogidos de un miedo... que, tal vez no es miedo: es sólo el temblor de la carne humana cuando bordea el abismo negro y sin fondo de la eternidad.

Es el pavor misterioso de la tragedia. Pero, ¿dónde está la tragedia? Ahí. ¿El Padre Almeida? No, porque por milagro... ¿Milagro de quién?... Quién sabe, pero por milagro se ha escapado de la muerte.

Y la campana mayor de San Francisco riega en la noche el grave clamor de su tañido. Está doblando a muerto.

Conjuro.

Alguien ha dicho:

—Seguro es que se trata de algún Padre grave que acaba de fallecer en el convento.

Y esa frase quiebra el sortilegio.

—Sin duda y por poco he sido yo, —comenta el Padre Almeida cínico todavía. Agrega:

—Debo irme en seguida. Necesito un caballo.

—¿Un caballo a estas horas y por estos barrancos? —dice una voz — No es posible, Padre Almeida. No

tiene más remedio que irse a pie. Que le acompañen dos hombres.

—No necesito que me acompañen. Lo que necesito es un caballo para poder llegar a tiempo de la velación del cadáver.

Nadie le contesta. ¡Es todo eso tan extraño!...

Y el fraile se impacienta:

—Yo necesito, pronto, un caballo. Dios o el diablo me ayuden, —blasfema.

Y el conjuro se hace. Le contesta de allí cerca, tras de la tapia, el largo relincho de una bestia.

El espanto crece en los ojos como la mano de un muerto. Quisieran poder correr, pero una fuerza más poderosa que su miedo les empuja hacia la puerta.

A la orilla del sendero agreste ven un caballo que mordisquea los yerbajos. El Padre Almeida va hacia el animal y le palmea el cuello. El caballo alza la cabeza y espera. Es negro como la noche. Fría la piel como de hielo. No se le ven los ojos. Se dijera que no tiene o que se le han apagado las pupilas.

El fraile lo sujeta por la crin y de un salto cabalga sobre su lomo. La bestia arranca al galope, resoplando.

El golpe de los cascos arranca mil ecos en la noche. Se multiplica. Son cientos, son millares de cascos que golpean un abismo... ¿Un abismo? Sí. El abismo de la noche.

Tendida la cabeza, la negra crin desgarrada en el viento, el caballo galopa desenfrenado por el aire. Se va por encima de las nubes. Y sin embargo, corre por un camino invisible porque el golpe de sus cascos arranca millares de chispas.

Si algún creyente mirara en ese momento para arriba, pensaría que, por permisión de Dios, el Diabolo se había subido al cielo y está desempedrándole las estrellas.

La Muerte vino por él.

Ya está encima de Quito. Se difuman abajo las anchas moles de los edificios y las siluetas alargadas de los campanarios. Pero, el caballo no le lleva a su convento. Pronto la ciudad se va quedando atrás. Más allá. ¿A dónde? Lejos. En la distancia de un horizonte imposible se ve un cárdeno resplandor de incendio. Sólo ahora es cuando el Padre Almeida comprende: Es la Muerte que vino por él y como por un milagro no llegó a morir, se lo lleva en cuerpo y alma a los infiernos.

También él no es ya más que un poco de barro humano que se acongoja angustiado de infinitos espantos ante el umbral de la eternidad a la que se precipita en cuerpo y alma.

Sin embargo, la voluntad del fraile no se agobia del todo. Antes de llegar siempre hay tiempo de salvarse... Pero, ¿cómo desviar la carrera desenfrenada de la bestia?

El Padre Almeida se acuerda que lleva ceñido a la cintura el cordón de su Padre San Francisco que todo lo puede. Descíñese el cordón y enlaza con él el hocico de la bestia. Tira luego con todas sus fuerzas. Le conjura que le vuelva a su convento.

La bestia se resiste, se encabrita. Un furioso relincho hace vacilar de espanto las estrellas en el cielo. Pero ya está enfrenado el animal. El cordón del Santo de Asís y la voluntad del fraile son más grandes que la misma Muerte.

El Padre Almeida guía la bestia hacia el convento y descende a la puerta de la iglesia cuyos grandes portones están abiertos de par en par.

Las amplias naves iluminadas de centenares de cirios que arden como brasas están llenas de un rumor de voces que salmodian confusamente un canto funeral.

Y de encima de la torre de la iglesia, como desde un árbol de la muerte plantado en la eternidad, se desgaja

el grave plañir de una campana. Es la campana mayor de San Francisco que está doblando a muerto.

La comunidad de Padres Franciscanos acaba de entrar en procesión conduciendo un negro ataúd no cerrado todavía. Voces graves entonan el *Miserere*.

El Padre Almeida bájase la capucha para no ser reconocido y entra a la fila de los frailes. Luego le pregunta al que va delante:

—Padre, ¿cuál es el Padre que ha muerto?

—El Padre Almeida, —le contesta sin regresar a ver.

El fraile cree no haber oído bien y volviéndose al que va detrás, repite la pregunta:

—Padre, ¿cuál es el Padre que ha muerto?

—El Padre Almeida, le contesta el otro.

El Padre siente un frío en la médula: Se ha dado cuenta que la procesión es una procesión de esqueletos encapuchados; de frailes que habían muerto hacía muchos tiempos y se han levantado de sus tumbas para asistir a la velación del cadáver de . . . de su propio cadáver.

¿Está vivo o está muerto?

El Padre Almeida sale de la fila y va a ver el cadáver depositado ya en el túmulo.

Y mira: Sí. No hay duda; es él mismo, es su propio cadáver.

Pero, entonces, ¿él está vivo o está muerto? . . . Tal vez, ni una cosa ni otra.

¿Cuál es el verdadero Padre Almeida? El que está yerto y tendido de espaldas en la caja negra o ese otro que mira al muerto con ojos tan grandes que parecen ir a reventarse de los párpados? . . .

¿Dónde está la línea que separa el ser del no ser?
¿Y cómo salvar esa línea o ese abismo?

¿Quedará suspendido por todos los tiempos al borde de la eternidad, en el umbral de la Vida y de la Muerte?

¡Es mejor morir, y al cielo o al infierno, pero morir!, piensa el fraile.

Y el Padre Almeida se alza erguido ante su propio cadáver. Una luz de serenidad y de valor ilumina la fiera y trágica palidez de su cara. Va a pedir a Dios que si no le puede perdonar, le conceda definitivamente morir!...

Como si la respuesta viniera antes de que él formulara el ruego, siente que la mano de un esqueleto toca su hombro:

—Padre Almeida —dice la calavera encapuchada—, no podemos enterrarle sin el cordón de nuestro Padre San Francisco.

El Padre Almeida se acuerda que se lo desató de la cintura para hacerse obedecer de la Muerte. Ahora no lo tiene... ¿Dónde se le cayó?

—¡Pues bien, —responde con amarga, sombría y alta-nera grandeza— iré a buscarlo aun cuando sea, otra vez, sobre los lomos de la Muerte... .

Alta la cabeza. Ardiente de resoluciones la mirada. El brillo de la vida en las pupilas y la cadavérica palidez de la muerte en las mejillas. A pasos resonantes en la vastedad de las naves de la iglesia, el Padre Almeida avanza por entre la procesión de calaveras que le abren paso, llega al portón y sale.

Tras de él se cierran las grandes puertas de la iglesia y todo queda, otra vez, negro y en el silencio.

¡Nunca más!...

Nunca más, ni en la Chorrera ni en el convento, supieron del Padre Almeida.

Sólo algunas gentes de los contornos comentaron ha poco, que una noche fué trasladado sigilosamente al convento —para evitar el escándalo— el cuerpo de un fraile

franciscano encontrado muerto en un barranco cerca de la Chorrera. Era muerto de una puñalada en la espalda.

Comentaban también, cosa muy extraña era, que desceñido el hábito, no llevara atado a la cintura el cordón de su Padre San Francisco. . . . Decían eso las gentes.

Pero, la verdad es que en algunas noches de huracán, por los abruptos barrancos de las laderas del Pichincha, galopa desenfrenada una bestia negra como empujada por el embrujado toque de la campana mayor de San Francisco que plañe a muerto. Sobre sus lomos más negros que la noche cabalga la sombra de un fraile.

Y el Cristo del altar mayor de San Francisco espera todavía, al través de los siglos, que el Padre Almeida cumpla su promesa:

—¡Hasta la vuelta, Señor!

F I N

de "El fraile que cabalgó en la Muerte"

SONIDO

SONIDO

Mascaba su pipa casi siempre con el lado izquierdo de la boca. Eso de tenerla ligeramente estirada daba la impresión de que el hombre sonreía. Además sus ojos chiquitos y azules eran ciertamente risueños. A pesar de los bechones blancos que se le escapaban bajo su boina vasca, ese hombre no era viejo como tampoco era vasco. Usaba boina por la misma razón por la que gastaba pipa: le agradaba así.

El pelo no se le ha encanecido de vejez. Quizás fuera cierto lo que él contaba...

¿Y por qué no creerle? La historia dice que a María Antonieta, reina de Francia, le sucedió una cosa igual: en una sola noche la cabeza se le hizo blanca.

Como quiera que fuese. Este hombre da la impresión de haber bebido largo en la copa de la vida. El alma se le estampaba en la cara. Y su cara era un paisaje.

Yo le conocí en los lavaderos de oro de un ancho río brasilero tributario del Amazonas. Intrépido, alegre y optimista. Tal que un mozo de veinte años explora las vertientes, persigue las huellas del oro, busca la fortuna que en otro tiempo estuvo tan cerca de él que pasó rozándole las manos...

Y he aquí lo sorprendente. Este buscador de oro tiene unas hidalgas manos de artista. Recordándolo pien-

so que para el que nació andariego todo no es más que un motivo para andar.

Jean Albert Pyrol, era violinista. Tenía temperamento. Necesitaba un poco más de experiencia y dominar mejor la técnica para ser un violinista de los buenos. Por lo menos, un tiempo, esos fueron sus sueños. Pero Jean Albert Pyrol abandonó su violín la madrugada del primero de enero de mil novecientos. . . . No sabría decir exactamente cuál, pero se que hará de esto unos siete años.

Y ésta es su historia.

*

* *

El "*Panther*" es un buen barco holandés de carga y de pasaje, con matrícula de Amsterdam. Navega a razón de 18 y 20 nudos por hora. Su tripulación es disciplinada y excelente su capitán Vandine. Viene de Curazao rumbo a los puertos del Brasil.

—Mar un tanto vivo. Vientos fuertes a barlovento. Hemos dejado atrás los bastiones venezolanos y ahora navegamos frente a las costas salvajes e inhóspitas de la Guayana Inglesa —explica el capitán del *Panther* al pequeño grupo de pasajeros que le rodea.

En su traje de gala —blanco en los mares del trópico— el capitán Vandine luce un porte gallardo y viril. La tez ligeramente bronceada por la intemperie. Los ojos castaños y la mirada firme y tranquila como corresponde a un capitán de barco. Sobre todo cuando, como sucede ahora, le rodea lo más distinguido del pasaje de primera a las 11 y 35 minutos de la noche del 31 de diciembre.

Junto a la pasarela que mira al castillo de proa conversan con el capitán del *Panther*, Mr. W. R. Stevansson, industrial americano bastante entrado en años y en dinero; su esposa de belleza e inteligencia decadentes; miss Roxie, hija de los dos. Roxie es una linda "girl" de diecisiete

años, de cabellos rubios y ojos intensamente azules: azules como el mar. También está con ellos una ambigua dama inglesa que se dice Lady Moar. Quizás una aristócrata venida a menos; tal vez una elegante cortesana subida a más. Probablemente algo de lo uno y de otro. El quinto de los contertulios que rodea al capitán del *Panther* es el violinista Jean Albert Pyrol con unos seis a siete años menos de cuando el comienzo de esta historia.

Con las luces prendidas desde la punta de los mástiles hasta los "ojos de buey" sobre la línea de flotación, el *Panther* se balancea en los huecos de las olas. De cuando en cuando recibe sobre los flancos un puñetazo del mar y lo deshace en espumas. Visto desde la distancia se diría una constelación perdida en el vientre negro de la noche.

El *Panther* navega en noche de fiesta.

El pasaje discurre por la borda; se desborda por los salones iluminados de bombillos de colores y techados con una red de serpentinatas. La orquesta susurra un viejo vals vienés en clave menor. El baile interrumpido por minutos, recomenzará a las doce y cinco minutos del nuevo año. Mientras tanto los camareros uniformados y ceremoniosos vierten el champagne en las copas. Los caballeros consultan el reloj. Las damas muestran las perlas de sus dientes y las que engarzan en áureos broches al extremo de sus bajos e inacabables escotes.

También en segunda y sobre el puente, una multitud rumorosa espera el año con música, con vino y con un grito alegre listo en la garganta.

*

* *

—Vientos fuertes a barlovento. Quizás a más de doscientas millas de distancia esté pasando un temporal. . .

Esto es lo que ha reiterado por dos veces el capitán Vandine a sus amigos, con los que discurre por la cubierta de proa, en espera de la sirena de las doce. Y todos se

sienten seguros y felices. Lady Moar mira el fondo de la noche con cierta amistosa lástima para aquellos que, a más de doscientas millas de distancia están quizás, a esta misma hora, capeando un temporal.

En cambio el *Panther* con todas sus luces encendidas navega hacia la ilusión del primer minuto del año mil novecientos y tantos...

*

* *

—¡Oh no, querido señor! Permítame un momento —arguye el capitán Vandine.

El violinista Pyrol se quita la pipa de la boca y le escucha. Era a él a quien se dirigía. Entonces el capitán se reconcentra un momento y razona así sus convicciones:

Resulta que para el alma y la comprensión del marino la música, como el Arte en general, es una elegante expresión del sentimiento humano. Pero, al fin y al cabo, inútil. Inútil y bello como un objeto de lujo. Como los brillantes que realzan la belleza de las mujeres. Como las sedas que ennoblecen sus cuerpos armoniosos. En cambio la voluntad en acción, ruda, violenta, cruel en veces, por necesidad o por impulso desatado, pero siempre lógica, es la fuerza única que hace caminar al mundo. El arte es el lujo del alma humana. Y si no, ¿por qué es que en la hora de resolver los grandes como los pequeños conflictos, el arte se olvida, y es sólo la energía hecha carne en el sólido puño de un hombre la que se impone...?

Y al expresar así sus ideas, los rasgos faciales del capitán del *Panther* se ponen tensos. Sus ojos se animan de una luz sombría.

Menos el violinista Jean Albert Pyrol, por supuesto, todos asintieron. En las pupilas azules de la linda "girl" el marino creció con proporciones de héroe en potencia. La dama ambigua de ojeras empastadas de "khol" posó

sus ojos sobre los ojos del capitán con la suavidad de una caricia. Su mirada de tan dulce era como una golosina. El duro y avezado industrial americano —probablemente un industrial armamentista— dijo secamente "yes" y con un gesto rápido de la cabeza apretó los maxilares.

Pyrol, en ese grupo, estaba irremediablemente solo. Pero no se desconcertó. Mientras hablaba el marino, Pyrol había sacudido la ceniza de su pipa indostánica de madera de Ceilán, regalo de un inglés amigo suyo que vivía en Singapoor.

Luego, el artista "inútil" y andariego la relleno de tabaco y dió candela. En el ángulo izquierdo de la boca se le engarzaba una sonrisa medio alegre y medio irónica.

—Yo soy violinista, pero no es, precisamente, por violinista por lo que estoy en desacuerdo con Ud. —dijo.

Hizo una pausa. Sentía en su rostro las miradas atentas de los otros. En esos tiempos la cara fresca y juvenil del artista —artista que avanza en su carrera— desbordaba sobre la frente un tumulto de cabellos castaños e indómitos. Sus pupilas eran alegres: alegres como el vino, como la esperanza del año que llega. Repentino se volvió a todos con una pregunta inesperada:

—¿Ha estado alguno de ustedes en la India? —Y luego, especialmente, al capitán del *Panther*:

—¿Ha navegado Ud. por los mares de Oriente? ¿Conoce algo de los secretos que encierra esa sabiduría milenaria?

No le llegó ninguna respuesta. Más bien vio en las pupilas de todos el brillo de una extrañeza. Pyrol alargó su mirada en la noche. Herido por la quilla de proa el mar se retorció en espumas. Parecía rugir en la noche una amenaza.

—En los mares de la India —explicó el artista— el hombre de occidente encuentra siempre algo que aprender, o por lo menos algo que perder. Por ejemplo ideas que

uno las tenía como verdaderas, elementales e inamovibles. La suya, capitán Vandine: eso de que el Arte es bello pero inútil como una joya o un perfume para mujeres. Verán ustedes.

¿Qué extraña, qué enervante leyenda de bayaderas saturadas de perfumes orientales les iría a contar ese violinista que, al parecer, conocía los secretos de la India?

Y los cinco que le escuchaban esperaron.

*

* *

Del Akásha proviene el aire; del aire el fuego; del fuego el agua; del agua la tierra: el Akásha es *sonido*. Este es el origen de las cosas según los libros milenarios de los Shatras.

El Akásha es un aliento que envuelve las constelaciones y los universos. Cava los abismos en la noche. Prende miriadas de luceros en las cumbres. Todo lo que vibra suena. Todo lo que existe vibra. El Akásha es *sonido*.

El Misterio nos habla desde la sombra con el extraño sonido de las cosas. Por ejemplo con el ruido que hace una ave nocturna golpeando las sombras con las alas.

El *sonido* anuncia la vida; presagia el dolor, el peligro y la muerte. Nosotros lo escuchamos, no lo entendemos, pero lo presentimos en ese escalofrío que, en veces, a un ruido extraño se nos eriza la piel...

El *sonido* crea y destruye. Dirige el desenvolvimiento de la Vida Universal. Es el geómetra y el arquitecto que da forma a los astros, a los planetas y a los átomos.

Cada ser —y el ser humano como todos— trae consigo su nota fundamental o "mantra" —mantra, dicen los hindúes. Esta nota primaria lo envuelve para siempre en su halo vibrátil y armonioso. Este sonido dará los acordes de felicidad como los de amargura a esa existencia. Le ha señalado su destino. Y cuando en las horas de peligro o de desgracia, esa vida alce su corazón

en demanda de auxilio será su "mantra" su protección y su escudo. Presidirá la hora definitiva de la muerte...

Pero el hombre, a su vez, irradia un sonido que puede ser creador o destructor.

Por eso la palabra es sagrada. La música es litúrgica.

—Capitán Vandine —dijo el Violinista— el sonido señala sus caminos a los astros y sus inescrutables destinos a los hombres. Y mi violín, así tan frágil y tan sonoro, es más poderoso que la voluntad del hombre más impetuoso, porque del sonido armonioso nace la voluntad...

Pero... ¿escuchan ustedes el rumor del oleaje bajo este cielo apacible y estrellado?... Sinembargo el mar, como el tigre en la selva, ruge ahora una amenaza...

*
* *

Es probable que impresionados por la palabra cálida y vehemente del errante violinista, los que le escuchaban tardaron unos segundos en comprender que había dicho todo lo que tenía que decir. Entonces se pintó como una tenue sombra de decepción en los ojos. No valía la pena de haber visitado la India para traer consigo sólo una doctrina brahamánica acerca del sonido. Mix Roxie, sinceramente, se sentía defraudada en su esperanza de una maravillosa aventura de bayaderas y estranguladores, o siquiera de un buen relato de faquires.

El capitán del *Panther* se rió por adentro mientras prendía su cigarrillo egipcio "Made in U. S. A.". Pero un capitán de barco es siempre muy cortés con el pasaje de primera. Dijo entre las bocanadas de humo:

—Admirablemente bien, maestro. Muy ingeniosa y probablemente muy cierta su teoría indostánica acerca del sonido creador y destructor...

Hizo una pausa para pensar bien lo que debía decir. Luego, recogiendo al vuelo la mirada excitada de Lady

Moar, agregó con una voz que, a pesar suyo, sonó metálica:

—Debo confesarle, sin embargo, que aunque mi barco ha surcado más de una vez los mares de Oriente, yo no me he bañado en las aguas sagradas del Ganges ni he tenido oportunidad de descifrar las doctrinas secretas de los brahmanes. En cambio he escuchado el estampido de los fusiles ingleses y el rudo paso de los batallones de "spahis" cargando sin compasión sobre muchedumbres de fieles hindúes, probablemente desamparados de su "mantra".

Se percibió un suspiro. Era que la dama de pupilas orladas de negro desahogaba su satisfacción. Pyrol tenía los ojos más risueños que nunca. Le jugaba la intención en la luz de las pupilas. Pero no tuvo tiempo de expresarla.

La sirena del barco lanzó a los espacios su clamor agudo y penetrante.

*

* *

Las doce ¡Año Nuevo!

Y todo en ese instante se vuelve algarabía de gritos. Voces. Petardos. Luces de bengala que ciegan los ojos. Serpentinatas. Arco Iris. Manos blancas que se agitan como alas en el aire. Cristales que chocan con alegría de risas. Los novios besan a las novias; los amantes a las amantes; los amigos a las amigas. Desconocidos que, hasta ahora, se han saludado se abrazan, se felicitan, brindan el vino por sus suertes. Pero, ¿hay alguien que para alguno sea desconocido en ese instante? Todos son hermanos de esperanza en la alegría del año que nace.

Hay quienes corren por los pasillos como si estuviesen a punto de perder la oportunidad de asirse al cabo de ese hilo ilusorio que lleva consigo este primer minuto del año.

El champagne burbujea en las copas. Su sabor excitante endulza las gargantas. En el "hall" del pasaje de primera, el director de la orquesta rompe con una marcha ardiente y triunfal. Las parejas parten en las ondas del baile con una sonrisa en los labios.

Sobre el puente de proa los marineros del *Panther* han improvisado una coral. Asciede a los cielos oscuros y profundos un coro de voces esperanzadas y ardientes.

El violinista Pyrol se metió en la marejada humana y recibió abrazos y algún beso femenino de no sé quién. Un mozo le puso delante una bandeja de copas de champagne. Pyrol alzó la copa hasta lo más alto de su brazo y brindó y bebió. Luego otra copa y otra más.

Bebió, abrazó y gritó como bebían y se alborozaban todos los pasajeros del *Panther*. Como bebía hasta el último grumete de la tripulación del barco.

Pero, al rato, se encontró otra vez solo en la borda de popa. Era risueño, pero entre pocos amigos. No servía para sostener esas alegrías tumultuarias. En las muchedumbres se siente solitario. Y ahora, y no sabe por qué, un poco triste.

En torno al barco cargado de alegres estridencias y constelado de luces, cierra la noche inmensa sus negras murallas de algodón. El mar ruge sordo y profundo como una fiera en acecho. Las olas corren veloces y negras por los flancos del barco. Huyen en la noche cargada de presagios.

Frente a las costas salvajes e inhóspitas de la Guayana Inglesa navega el *Panther* con oleaje vivo. Fuertes turbonadas a barlovento. Tal vez a más de doscientas millas de distancia está pasando un vendaval.

*

* *

A más de doscientas millas . . .

Pero entonces, esto que sucede ahora es absurdo. Marineros al parecer medio borrachos por el vino de la fiesta

suben a la carrera por las escaleras. Avanzan por entre la alegría de la fiesta y las estridencias de jazz *band*. Las parejas de bailarines que se aglomeran en el "hall" les estorban el paso y la vista. Pero a esos marineros no les detiene el paso la visión de esas mujeres hermosas, centelleantes y medio desnudas que se mecen a los compases de la música con un rumor cadencioso en los pies.

Esos marineros, pálidos como si estuviesen borrachos o espantados, buscan al capitán del *Panther* con una urgencia que les exalta la respiración. Si encontraran al segundo por lo menos.

Pero Vandine, en un rincón confidencial para el amor, está bebiendo champagne con Lady Moar. Se está embadurnando con la miel de sus caricias. El capitán del *Panther* está pensando que el final de esta aventura va a ser un feliz año nuevo para él.

Cuando el marinero que lo busca y que al cabo da con él le dice:

—Capitán, el barco está en peligro!...

Vandine se pone bruscamente en pie con un irritado estupor en las pupilas.

—¿Cómo?

—¡Fuego a bordo!... en los pañoles de popa.

El marinero tartamudea explicaciones de cómo fué que se produjo el fuego: Un petardo... un pasajero descuidado... la fatalidad. Vandine se yergue, tensos los músculos faciales. Pero no tiene tiempo de hacer un movimiento ni de ordenar algo que valga la pena. Lady Moar ha escuchado y ha comprendido. Le revientan en la garganta alaridos histéricos. Se escurre de entre las manos del marinero que quiere sujetarla y escapa chillando a voz en cuello.

—¡Fuego!... ¡Fuego a bordo!... ¡Auxilio!

Cuando a alguien le acomete el pánico a bordo de un barco, no hay necesidad de que grite mucho para conta-

giarlo, y menos cuando por los pañoles de popa se ve salir chispas del incendio entre vahos de humo.

En unos cuantos segundos los chillidos histéricos de Lady Moar se dividen en incontables alaridos.

El pánico en las muchedumbres crece más ligero que el fuego en el alcohol. Pero lo que es peor y parecería un absurdo si no fuera tan espantosamente cierto, es que los marineros del barco, borrachos por el vino, se suman al desconcierto.

No sé quién, imbécil o malvado, ha dicho que hay petróleo a bordo. Otro hace correr la voz de que el *Panther* lleva en sus entrañas dinamita en contrabando para una revolución en el Brasil.

Y el viento de pánico se convierte en huracán que arrolla todos los sentimientos y despierta en el hombre los más brutales instintos.

Hasta los marineros creen el rumor o se hacen que lo creen. Quizás para disculpar con un pretexto miserable su propia cobardía.

Porque la tripulación del *Panther* no se ocupa de batirse con el fuego. Se amontonan en la borda. Disputan a puñetazos los salvavidas. Hacen crugir los güinches que sostienen los botes de salvamento. No obedecen sino a un solo impulso: huir antes de que el barco se convierta en una antorcha o vuele en pedazos.

Los pasajeros y los marineros se atropellan junto a los botes. Se desesperan y blasfeman. Las mujeres chillan o sollozan.

Entonces surge el capitán en el puesto de mando. Le acompañan unos cuantos hombres no contagiados por el pánico. Confirma su autoridad una pistola niquelada en la mano. Pero pronto se da cuenta que ni él con su pistola puede restablecer la disciplina entre sus marineros, ni los pocos hombres que le acompañan son suficientes para hacer algo de provecho. La mayoría de la tripula-

ción está en las bordas haciendo uso de sus puños y su fuerza para abordar los botes los primeros. El capitán del *Panther* dispara contra esos marineros indisciplinados y cobardes. Pero no logra ni siquiera hacer blanco en el tumulto que los escuda. Lo que consigue es precipitar la fuga por las bordas como un ganado acorralado que se espanta.

Su ira es terrible y grande. Pero su impotencia es más grande todavía. Y él sabe que el fuego puede ser dominado. Es mentira que haya explosivos ni combustible a bordo. Podría salvar el *Panther* y a esas gentes que huyen hacia la muerte, si toda la tripulación del barco estuviese en sus puestos combatiendo el fuego.

Podría... pero ya todo parece perdido. Vandine maldice y blasfema. Lágrimas de ira y de desesperación ruedan por las mejillas del rudo marino.

Stevensson, su mujer y Roxie se han reunido en la borda de estribor. Pero, ahora, ese hombre demudado y esas mujeres que sollozan de espanto, ni son ricos ni son poderosos. Son menos que cualquiera de esos hombres hechos unos salvajes que los empujan hacia atrás con sus puños y la violencia de sus cuerpos.

Nadie puede salvar al *Panther*. Crecen y se hacen altas las lenguas de fuego entre una densa humareda que asfixia. La sirena del barco es un clamor que perfora los espacios. Pero, ahora, su grito es siniestro como un aullido de mal presagio en la noche negra. Se funde con el rumor del mar; gruñe como una fiera monstruosa acurrucada en las sombras.

El *Panther* será pronto una antorcha ardiendo en el vientre negro de la madrugada del primero de enero del año mil novecientos y tantos. Luego una explosión y una vorágine. Después nada. Acaso nadie sobre unas olas turbulentas de un mar cuya costa más cercana está a ochenta millas de distancia.

La sirena del *Panther* clama auxilio, pero nadie acude en su ayuda.

*

* *

—Calma, pasajeros! . . . No hay explosivos ni carga de combustible a bordo . . . Calma, pasajeros! . . . La tripulación a sus puestos . . . Los marineros del *Panther* con los extinguidores y las bombas a sus puestos.

Desde el puesto del vigía, con la tranquila seguridad de quien la tiene en sí mismo, la voz clara, sonora, lenta, poderosa se alza sobre el rumor del mar y las estridencias de los gritos.

—Calma, pasajeros! No existe peligro de explosión. Calma! . . . Sólo se necesitan hombres decididos junto al fuego . . . Los cobardes que se tiren por la borda . . . Calma, pasajeros! No hay peligro de naufragio! . . . Todos, todos, todos los marineros del *Panther* a sus puestos.

La voz, aunque agrandada por el amplificador, tarda en llegar a la conciencia de esa multitud acobardada que huye en confusión de gritos, de sollozos y blasfemias. Vibra en los oídos como algo que se oye y no se entiende. Pero, al cabo, lenta, alta y segura, esa voz se hace escuchar:

—Calma, pasajeros! . . . No existe peligro de explosión ni de naufragio. Todos, todos los marineros del *Panther* a los extinguidores y a las bombas.

No fué el capitán del *Panther* preocupado en blandir su puño armado de la pistola, ni fué el timonel, ni fué el segundo, ni siquiera el mismo vigía que hacía rato había dejado su puesto. Fué el violinista Jean Albert Pyrol quien hizo lo único que en esos momentos de confusión y de pánico podía hacer: agarró un alta voz y subió con él al palo de mesana:

—Calma, pasajeros! . . . Ya están los extinguidores y las bombas combatiendo el fuego. El peligro disminu-

ye... Calma, pasajeros!... No hay explosivos a bordo. Toda, toda la tripulación del *Panther* en sus puestos de combate... Si algún marinero no ha obedecido es mejor que se tire por la borda: mañana será juzgado por criminal y por cobarde... Todos los marineros del *Panther* en sus puestos con los extinguidores y las bombas... Calma, pasajeros!...

El trémolo grave y profundo de la voz, que el amplificador hace inmenso en la noche, es tan seguro de la verdad de lo que dice, que infunde confianza y valor.

Las mujeres han dejado de chillar. Los marineros se buscan unos a otros. Ya se cumplen las órdenes del capitán del *Panther* y del segundo. Pero no es el brazo armado de la pistola lo que les disciplina. Es esa voz alta que les grita desde el palo de mesana:

—Los bravos marineros del *Panther* en sus puestos! Todos en sus puestos!

Y bajo el magnético imperio de esa voz los marineros establecen la lucha contra el fuego. Ahora hay quienes se chamuscan en las llamas. Otros en la pelca son heridos. Pero ni uno solo retrocede... ¡Surgen los héroes! Una hora y otra, el fuego se domina.

Entonces el violinista Pyrol se acuerda que está en su camarote un amigo que, hasta esa hora, nunca dejara de su lado: su violín. Va y vuelve con él a la torre de mando. Tiempla el arco y comienza a tocar.

La melodía es un débil vibración que despedaza el viento. Se quiebra como si fuera de cristal. Pero luego cobra vida y fuerza. Fuerza de vendaval. Suena con sonoridades armoniosas por encima del rudo canto del mar y de los vientos.

La inmensidad de los espacios aniega el alma del artista. El fuego, el peligro, la emoción de la victoria le encienden llamas en el pecho. Canta su violín con sonoridades que parecen imposibles.

Jean Albert Pyrol, el errabundo violinista que iba por el mundo tras de la gloria y en busca de fortuna toca su violín como nunca hasta ahora lo ha tocado. Como, probablemente, no lo volverá a tocar jamás.

Todavía el *Panther* es una brasa ardiendo en los paños de popa, pero el embrujo de esa música aniega la voluntad, suaviza la angustia. Sube hasta las pupilas. Se hace esperanza y oración en las gargantas.

*

* *

Al amanecer del 1º de enero del año novecientos y tantos, cuando el alba doraba a fuego las crestas de las nubes, todavía el *Panther* navega respirando un hilo de humo por la ancha quemadura.

El industrial armamentista W. R. Stevansson, su esposa, la hija de los dos junto con el capitán del barco andan en busca del violinista Pyrol. No está en su camarote, ni en cubierta. Al cabo lo encuentran en el puente de proa entre un grupo de marineros todavía tiznados con el nollín de la fogata. Mezclados con los marineros hay pasajeros de tercera que conocen y hablan de las rutas del Oriente.

Lo más probable es que les está dando una explicación acerca de la "Doctrina Secreta" que trajera de sus viajes a la India.

Pero Vandine no tiene la intención de seguir la discusión que quedó pendiente cuando la sirena de las doce señaló la entrada triunfal del Año. Simplemente le tiende la mano ancha y abierta:

—Señor Pyrol, debo reconocer honradamente que usted ha salvado mi barco, el honor de la tripulación y el mío nada más que con su voz y la *sonoridad* de su violín... Gracias, señor Pyrol, muchas gracias!

También la linda "girl" con la luz de diecisiete años en los ojos maravillados e intensamente azules musita felicitaciones al artista.

—Mr. Pyrol —dice, a su turno, el duro y avezado industrial armamentista— usted es un gran artista y un magnífico negocio. Dentro de tres meses tendrá en sus manos un contrato para las Sinfónicas de Boston y Filadelfia, y otro para una gira de conciertos por Estados Unidos y Europa... Se lo prometo. ¿A dónde va ahora? ¿Quiere dejarme su dirección?...

Jean Albert Pyrol se quedó unos instantes pensativo. Se miraba las manos atentamente tal que si fueran ajenas. Luego dijo con los ojos puestos en el mar:

—Gracias, Mr. Stevansson. Su proposición es buena, tal vez demasiado buena, pero me temo que no voy a aceptar.

—Oh, comprendo, comprendo, Sr. Pyrol!... Pero mi proposición mejora cualquier otra oferta que le haya sido hecha.

—No se trata de dinero... Quiero decir sí, se trata de dinero. Ese contrato sería un mal negocio para usted. —Hizo una pausa difícil y agregó:

—Cuando un artista alcanza la cima de su arte y no puede mantenerse en la cumbre, su deber es retirarse.

Todos hicieron silencio porque ninguno le comprendía. Para el artista mismo le era difícil explicar esa emoción que le ponía en los ojos una sombra de orgullo y de tristeza. Dijo y había algo hondo en su voz:

—Un día, cuando comenzaba mi carrera de artista, soñé ser un violínista de los grandes: un Kreisler o un Paganini. Y ahora me encuentro con que mi sueño se ha cumplido... en una sola hora. Nunca más podré tocar como he tocado esta madrugada. Nunca a ningún público conmoveré más hondamente, ni encontraré otro

que vibre con la emoción que el que me ha escuchado desde la cubierta del *Panther*. No es que no quisiera, es que, sinceramente, no sabría hacerlo. He realizado en una hora todo lo más que en una vida de artista se puede hacer. Esta madrugada ha sido la apoteosis y, a la vez, el final de mi carrera. . . . Tal vez no fuí yo. Fué la fuerza desconocida de los vientos. Fué, quizás, el alma de la noche quien arrancó sonoridades prodigiosas de mi arco. ¿No sería, quizás, el "mantra" del *Panther* qu;én tocara en mi violín? . . . ¡Quien sabe! Pero ya, en ninguna sala de concierto de Washington, de Filadelfia o de Londres sabría tocar mi violín como acabo de hacerlo desde la torre de mando, a bordo del *Panther* prendido en llamas. . . .

Sonrió con un poco de tristeza el violinista. Había como una intención de malicia en la luz de sus ojos. Concluyó mientras rellenaba por segunda vez su pipa de madera de Ceilán:

—Honradamente, Mr. Stevensson, esos contratos que me ofrece serían un mal negocio para el empresario. . . . y un dolor para el artista. El público no se engaña.

Calló. Ninguno atinaba con la frase oportuna. La emoción apretaba los corazones. Fué miss Roxie la que alzando a él los ojos azules, intensamente azules como el mar, y alegres como la esperanza del año que nace, le dijo casi en un grito:

—Usted es joven, Pyrol. Ahora es cuando comienza su carrera de artista.

Pyrol negó vivamente con la cabeza y con la voz.

—Miss Roxie, ya soy un viejo! . . . —dijo, y como el que se sabe perseguido en su último reducto y se entrega, con un vivo movimiento de su mano se arrancó la ancha gorra que le defendía del fresco de la madrugada.

Y los ojos maravillados y azules de miss Roxie se quedaron quietos sobre esa cabeza blanca, blanca como la escarcha de nieve, del artista.

Esa madrugada del 10. de enero, a Jean Albert Pyrol, tocando su violín a bordo del *Panther* en llamas, se le había vuelto completamente cana la cabeza.

F I N
de "Sonido"

INDICE

	Pág.
PROLOGO	3
CAPITULO I:	
Estampa de Piratas	9
CAPITULO II:	
En Haití los Muertos Vuelven	37
CAPITULO III:	
El Embrujo de Haití	63
—————	
EL FRAILE QUE CABALGO EN LA MUERTE	89
—————	
SONIDO	113